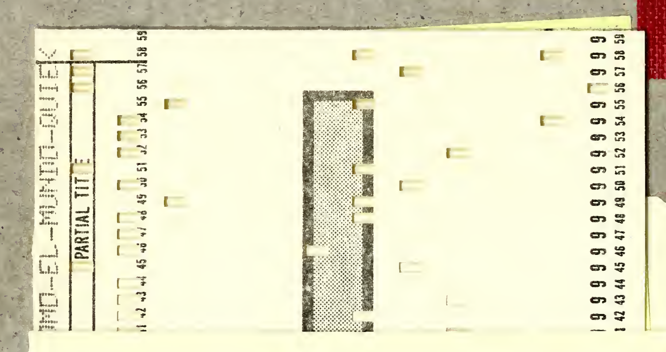
COMO EL MUNDO QUIERE:
TEATRALIZACION DE LA NOVELA
"MUJER"





This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAR 13 1992			
3-3			
	FEB 27 '92		

Form No. 513,
Rev. 1/84



LAURA CORTINAS

Como el Mundo Quiere

Teatralización de la Novela "Mujer"
Comedia dramática en tres actos
y ocho cuadros



Talleres Gráficos "33", S. L.
Calle Treinta y Tres 1534
Montevideo

LAURA CORTINAS

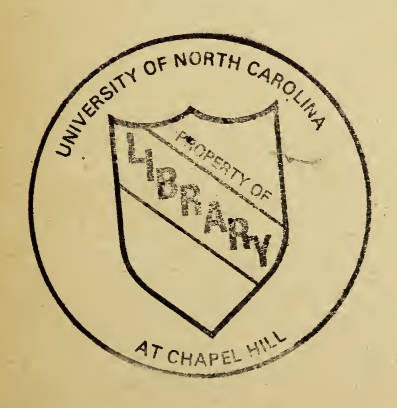
Como el Mundo Quiere

Teatralización de la Novela "Mujer"
Comedia dramática en tres actos
y ocho cuadros

Talleres Gráficos "33", S. L.
Calle Treinta y Tres 1534
Montevideo

Para el Doctor Sislán Rodríguez
y Manuelita Pereira de Rodríguez,
fraternalmente.

Laura Cortinas



Esta obra fué escrita el año 1938.

COMO EL MUNDO QUIERE

Comedia Dramática en 3 Actos y 8 Cuadros, de

Laura Cortinas.

REPARTO

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO — Estudio del Dr. Alberto Molina.
Alberto Molina. (Doctor).
Sirviente.
Ana Sofía de Castro.
María Teresa Suárez.
Carlos Alvarez. (Doctor).
Collazo.
Dufort.

SEGUNDO CUADRO. — Salita íntima en casa de Susana Torres.
Susana Torres.
Margarita M. de Alvarez.
Dos parejas de jóvenes.
Dr. Alberto Molina.
Mucama.

ACTO SEGUNDO

CUADRO I. — Otra vez en el Estudio del Dr. Alberto Molina.
LA MADRE — Alberto Molina.

CUADRO I I. — Elegante Salón en casa de Ana Sofía de Castro.
Ana Sofía de Castro.
Matilde Villegas.

CUADRO I I I. — Sala en casa de Susana Torres de Molina.
Susana Torres de Molina.
Alicia Gómez.
Matilde Villegas de Romero.
Mercedes Vargas Guillot.
María Teresa Suárez.
Juanita Zumarán.
Dr. Eduardo García.
Alberto Molina.
Ricardo Rivero (escritor).

CUADRO I V. — Habitación en un Sanatorio

Ana Sofía de Castro.
Sarita de Castro.
Enfermera.
Doctor.
Alberto Molina.

ACTO TERCERO

CUADRO I. — Elegante recibidor en la casa de Matilde Villegas de Romero.

Matilde Villegas de Romero.
Mucama.
Ana Sofia de Castro.
Alicia Gómez.

CUADRO I I. — La misma decoración.

Matilde Villegas de Romero.
Mucama.
Dr. Alberto Molina.
Ana Sofía de Castro.

PRIMER ACTO

CUADRO I

Casa de Alberto Molina. Escritorio elegante. Al levantarse el telón, Alberto escribe sentado frente a su escritorio. Entra un sirviente y preséntale una bandeja con dos tarjetas.

ESCENA I

SIRVIENTA. — (Entregándole las tarjetas). Unas señoritas desean hablar con el señor.

(Jugó Alberto un momento las tarjetas en su mano mientras leía sus nombres con atención y luego dijo:

MOLINA. — Hágalas pasar al Salon y avíse a mi madre.

SIRVIENTE. — La señora ha salido, y han preguntado por usted.

MOLINA. — Hágalas pasar aquí, entonces.

Momentos después entran al Estudio dos bellísimas mujeres; una, la clásica belleza morena, ojos negros, tez mate y labios rojos y una impecable y grácil silueta: Ana Sofía de Castro.

La otra, por el contrario, rubia de ojos verdes y blanquísima tez, aunque más pequeña, es también bellísima: María Teresa Suárez.

MOLINA. — Señoritas... mucho gusto (dijo Alberto de pie inclinándose, y mientras ofrecíales sus elegantes sillones, María Teresa le presentaba a su compañera a quién éste no conocía).

¿A que debo el honor de verlas en mi casa?

MARIA TERESA. — Necesitamos de Ud., doctor Molina. Nuestra Asociación está en bancarrota y deseamos ofrecer algún festival...

MOLINA. — (Interrumpiéndola). Señorita, yo no soy el más indicado.

MARIA TERESA. — Sí, usted es el indicado precisamente. Queremos una Conferencia.

MOLINA. — Es que no tengo nada preparado, ni tiempo para hacerlo pués estoy atareado terminando un libro que tengo el compromiso de entregar al Impresor en este año.

Una armoniosa voz femenina que aún no se había escuchado agregó:

ANA SOFIA. — Doctor Molina, precisamente venimos a pedirle en nombre de la Comisión de la Asociación "Por la Mujer", una Conferencia sobre el libro que tiene en preparación, que según lo anunciado por la prensa, se llamará "Mujer", y desde luego, es muy sugestivo para nosotras.

MOLINA. — Así se llamará en efecto mi libro, señorita; pero lo de sugestivo, es amabilidad suya.

MARIA TERESA. — No Molina, Ana Sofía tiene razón: es muy sugestivo, todas las mujeres estamos pendientes de su aparición, y ningún tema más a propósito para una asociación femenina, que el de su libro. Me imagino que no será usted feminista.

MOLINA. — ¿Y por qué no?, según el agustino Graciano Martínez, el primer feminista fué Dios, cuando dijo: que no era bueno que el hombre estuviese solo, y dando el toque final con que habría de coronar su divina obra, creó la mujer, dándosela por compañera.

ANA SOFIA. — ¿Y no sería Eva, también, la primera feminista?

MOLINA. — No, señorita, dicen las sagradas escrituras, que Eva era muy bonita, y hasta se agrega, que no sabía leer.

ANA SOFIA. — Entonces, usted cree, que el feminismo es el producto de una evolución del espíritu?

MOLINA. — Así es, señorita. La mujer ya no vive en el fondo del Gineceo, y se ha puesto en contacto con la vida buscando la verdad.

ANA SOFIA. — Y ¿acaso la verdad no es el amor?

MOLINA. — El amor es la vida misma, y es una constante renovación.

ANA SOFIA. — Pero, ¿la verdad?

MOLINA. — La verdad, puede ser también el dolor.

MARIA TERESA. — Están divagando — en qué quedamos, doctor Molina, ¿es usted feminista o no?...
(Y como Molina no respondió de inmediato, agregó):
Pues, aunque lo fuera, lo mismo aceptaríamos su Conferencia, pero eso sí, prepárese para la controversia.

MOLINA. — Si ha de ser usted, Teresita, la controversista, encantado. ¿Para que fecha piden ustedes esa Conferencia?...

MARIA TERESA. — Para el mes próximo — salvo que usted prefiera otra fecha.
MOLINA. — Yo preferiría no darla, pero si ustedes se empeñan, será un honor para mí.
MARIA TERESA. — Contamos con usted, Molina.
MOLINA. — Ya está dicho: será un honor para mí, aceptado. Y como el tema es del gusto de ustedes, les daré un anticipo de mi libro.
MARIA TERESA. — ¡Que mejor tema que la mujer!, si es lo mejor que Dios creó.
MOLINA. — De acuerdo, señorita. Cuenten conmigo.
MARIA TERESA. — Encantadas y agradecidas — entonces, fijaremos la fecha en la primera quincena de Julio.
MOLINA. — Señoritas, no discuto, acato complacido sus órdenes. (Y al hablar, Molina se dirigía siempre hacia Ana Sofía con particular atención, como significándole que deseaba oir su voz nuevamente, pero esta permaneció silenciosa, dejándo la palabra a su compañera).
MARIA TERESA. — Esperamos que nuestro festejado conferenciante, esté aún soltero para la fecha indicada, pués será parte del éxito.
MOLINA. — Lo estaré, no lo duden.
MARIA TERESA. — Aunque los rumores, dicen otra cosa
MOLINA. — Son rumores nada más, no haga caso, Teresita.
MARIA TERESA. — Volveremos sobre la fecha, para combinar el programa. Pondremos las localidades muy altas — necesitamos dinero, y hay que aprovechar la ocasión — usted Molina, es el niño mimado de la sociedad y tenemos de antemano asegurado el éxito.
MOLINA. — No exagere, señorita, yo...
MARIA TERESA. — No me diga otra vez, que es el menos indicado. Esa es una frase muy trivial, impropia de usted — bien sabe que he dicho una verdad.
MOLINA. — Verdad de amiga.
MARIA TERESA. — Bueno no insista — ya lo dejamos. (parándose). Adios Molina, nos vamos encantadas de haber conseguido su valiosa cooperación.
MOLINA. — (despidiéndolas). Señoritas a sus órdenes, (y después de saludarlas, siguió con ellas hasta el Hall).

(Mutis por el foro).

ESCENA II

Molina regresa y se sienta frente a su escritorio, prende un cigarro, medita un momento mientras fuma, y luego comienza a escribir.

SIRVIENTE. — Señor, está el doctor Alvarez.

MOLINA. — (sorprendido) ¡Que pase!... (se para y aproxima al encuentro del amigo y se abrazan con efusión). ¡Que gusto tan grande, verte por aquí!, siéntate — y ¿qué milagro es este? ¡te fuiste tan silenciosamente!

DR. ALVAREZ. — Tu ya conoces la historia... un gran amor, y la fuga con la mujer amada... Luché, mientras pude hacerlo, pero, la incomprensión y el egoísmo de mi mujer me arrojaron en sus brazos. Hace ya un año que vivimos en Buenos Aires y tengo un hijo... un hijo, que era la mayor aspiración de mi vida.

MOLINA. — Y tu mujer, ¿qué actitud ha asumido?...

ALVAREZ. — La que está de acuerdo con su sensibilidad, la más egoísta: se niega a darme el divorcio, después de haberse negado antes a darme el hijo.

MOLINA. — ¿Por qué no intentas una entrevista con ella?... talvez lograras convencerla.

ALVAREZ. — Yo también, allá, en Buenos Aires, llegué a hacerme la ilusión que quizá lograra vencer su resistencia acercándome a élla, pero todos mis esfuerzos han resultado inútiles.

MOLINA. — ¿Acaso ya la viste?...

ALVAREZ. — Vengo de verla: todo está perdido con ella — le he rogado en todos los tonos, hasta las lágrimas; no por nosotros, nos queremos y somos felices. Yo pienso hoy, que sería justicia lo que hace un siglo proponia Saint - Just: "Todos los que se aman son marido y mujer".

MOLINA. — El amor está más allá del bien y del mal — pero, entonces ¿para qué quieres divorciarte?...

ALVAREZ. — No es por nosotros, ya lo he dicho: nuestra dicha está colmada, sino por esa criatura inocente que sólo lleva el nombre de su madre. Pero Margarita, con una rigidez y una dureza de piedra, se ha mostrado inflexible a mis ruegos.

MOLINA. — ¿Quién al verla tan dulce podría atribuirle tal dureza de alma? ¡Cómo engañan las mujeres! ¡por ella

y por otras que he conocido a través de mi profesión, casi, casi, preferiría la soltería.

ALVAREZ. — No obstante, las hay extraordinarias, ahí tienes una: mi Elena.

MOLINA. — La excepción no hace la regla.

ALVAREZ. — No discutamos hoy, estoy en un mal día y llevo las de perder, prefiero entrar en materia. Alberto, he venido a pedirte que inicies mi divorcio inmediatamente, valiéndote de la única cláusula de que podemos disponer.

MOLINA. — Ya la conoces. Tenemos que iniciarlo bajo una única causal: incompatibilidad de caracteres.

ALVAREZ. — Sin embargo, esta causal no me dá la sensación que lograremos con ella romper el vínculo.

MOLINA. — Como no hay otro recurso, tenemos que correr el albur.

Tu bién sabes, que no puedes pedir el divorcio por abandono del hogar, pués nò podrías fundar tu demanda en tu propia culpa.

ALVAREZ. — Tienes razón, no tenemos otro recurso. Sólo deseo, que la tramitación sea breve, dentro de los seis meses, a ser posible.

MOLINA. — Tan pronto no podrá ser, pero haré todo lo que esté a mi alcance para ello, puedes irte tranquilo.

ALVAREZ. — Ya lo sé, Alberto, gracias.

MOLINA. — ¿Piensas quedarte definitivamente en la Argentina?...

ALVAREZ. — No lo deseo, pero, yo no volveré al Uruguay mientras sus leyes no me permitan libertarme de una mujer que no amo, so pretexto, que es una mujer honesta. ¡Honesta!, mentira. No es honesta la mujer que se niega a darle libertad al hombre que está ligado a ella por la ley, pero que no la ama — y no es honesta, porque solo la bondad que es pureza, es honesta. Y no es honesta, tampoco, la mujer que rehuye la maternidad.

MOLINA. — Tienes razón, pero no te exaltes así.

ALVAREZ. — Como no he de exaltarme, si estoy desesperado. Comparo las dos mujeres — las dos conductas, y la de Margarita me parece indigna, egoista, calculadora. Es una mujer infernal.

MOLINA. — Tienes razón, te comprendo perfectamente, pero, la sociedad tiene sus exigencias, y debemos somenternos a ellas por el bién de la colectividad.

ALVAREZ. — Yo sufro por Elena, esa mujer admirable, que sacrificó todo a su amor por mí — pero, por sobre todos los sentimientos humanos, "por la maternidad". No la arredró ni la pérdida de la consideración social, ni la de su familia, ni la de su patria; voluntariamente se expatrió para que su hijo tuviera el derecho a la vida. No la intimidaron ni los prejuicios milenarios en que fué educada, ni tampoco la fragilidad de los sentimientos del hombre; frente a una vida nueva, solo midió su responsabilidad y sus fuerzas, porque una madre es siempre heroica.

MOLINA. — Tienes razón, Elena es una mujer admirable.. , pero no hay muchas.

ALVAREZ. — Créeme Alberto, ante el valor moral de Elena, yo me he sentido pequeño y sólo por ella he comprendido el valor de la palabra "Mujer" — Mujer, que es el símbolo de la humanidad, y quiere decir, madre.

MOLINA. — Indudablemente, la maternidad es un gran destino y una gran misión del sexo.

ALVAREZ. — (obsesionado). — Nuestro hijo sólo lleva su nombre y orgulloso me siento por ello. Ninguno más noble, ninguno más bueno. A ella que es su madre se lo deberá todo este hijo nuestro, que una mujer honesta no ha permitido que yo le diera el mío... (llora vencido), y el mundo recibirá ese niño con menosprecio, ¡eso es lo que me desespera!

MOLINA. — ¡Pobre amigo! Debe ser duro no poder conquistar para la mujer amada, esa apariencia de derecho, esa apariencia de honestidad; porque, para merecer la consideración social es necesario vivir "como el mundo quiere", mi amigo. Por eso la vieja ley Indú, era justa: que la mujer estéril se reemplazara por la mujer madre, al cabo de varios años.

ALVAREZ. — Eso si sería justicia, pero nuestra situación actual es una crueldad inútil.

MOLINA. — Tranquilízate Carlos, que he de intentarlo todo por conseguir tu libertad de acción. Es indudable que nuestra ley de divorcio es deficiente, se impone el divorcio absoluto sea cual sea el cónyuge que lo solicite, y debe solicitarlo aquel que se sienta lesionado.

ALVAREZ. — Así tendría que ser. Alberto, cuento con tu talento y con tu buena amistad.

MOLINA. — Gracias, Carlos. Haré lo posible por merecer esa confianza.

ALVAREZ. — Escríbeme seguido y ténme al corriente de todo... (parado) ¿Y si tú intentaras entrevistarte con Margarita?, ¡quizá tuvieras más suerte que yo!
MOLINA. — Lo intentaré. Vete tranquilo, que todo se hará.
ALVAREZ. — Gracias, Alberto, hasta pronto. (se abrazan) — (Molina lo acompaña).

(Mutis por el foro).

ESCENA III

Entra Molina con dos amigos: Collazo y Dufort. Después el Sirviente.

MOLINA. — ¿Hace rato que me esperaban?... siéntense (toca el timbre — entra el Sirviente) — Sírvanos un Whisky.

(Sale el Sirviente).

COLLAZO. — Adivinaste que traía un poco de frío. Este Otoño se presenta bastante destemplado.
MOLINA. — Por ustedes y por mí. He pasado un mal rato con ese pobre amigo que despedí recién, y les aseguro que me ha dejado deprimido.
DUFORT. — Alcancé a verlos desde el Hall y comprendí que se trataba de algo grave, a juzgar por el tono y la actitud.
COLLAZO. — ¿Pero tú no conoces la historia de Carlos Alvarez?.., pués hijo, es toda una tragedia.
DUFORT. — No la conozco — ¿de qué se trata?
(Entra el Sirviente con el servicio de Whisky).
MOLINA. — Dejémos los comentarios y vamos a reconfortarnos un poco.
El Sirviente, sirve el Whisky, después sale.
COLLAZO. — (Comprendiéndo que Molina quería evitar hablar del asunto, calló). Hemos venido a ver qué te pasa, te estamos extrañando, ¡hace una semana que no vás por el café!, y la rueda empieza a impacientarse.
MOLINA. — Es que, me he puesto a trabajar fuerte en el libro, porque quiero que aparezca este año.
DUFORT. — ¿El libro o la novia?, ¿por qué no confiesas de una vez que al fin has caído rendido a los pies de una bella?
COLLAZO. — ¡Se acabó el Don Juan!

MOLINA. — Nunca existió el tal Don Juan, sino en la imaginación de ustedes.
DUFORT. — Pero confiesa pués...
MOLINA. — Es cierto, me he comprometido con Susana Torres..., vosotros la conocéis, pero ésa no es la razón de mi ausencia en la rueda del Café, ya les dije que ha sido el trabajo.
COLLAZO. — ¡Susana Torres!, pués chico, te felicito, te llevas la niña más bella de su generación.
MOLINA. — Yo quisiera que fuera la más buena.
COLLAZO. — Eso es difícil... ¡mujeres!... ¡mujeres!... ¡cuidado!... Que te resbalas, Peralta.
DUFORT. — ¡Con que la más bella!, eso es cuestión de gustos, a mí me lo parece la mía.
COLLAZO. — Yo prefiero cambiar de opinión con las estaciones. Hay mujeres para Verano, para Otoño, para Invierno, y las mejores para mí, son las de Primavera, pero no hay nada como la variación.
MOLINA. — Hasta que llega la esperada, y entonces las demás ya no existen.

(Suena el timbre del teléfono, Molina atiende).

Si... con Alberto... ¿Eres tú, Susana?... ¿a cenar?... bueno, querida... espérame... hasta dentro de un rato.

(Cuelga el tubo).

COLLAZO. — ¿Con qué el libro, no?... Con razón no se te vé por el Café... ¡estas mujeres! ¡son tan absorbentes!...

Bueno, Ernesto, vámonos, que este hombre tiene que ir a ver la novia y llegará tarde por nosotros.

DUFORT. — Si, vámonos — y no te olvides que mañana se inicia la Convención y que eres Convencional. No te olvides, mira que se juega tu candidatura de Diputado.
MOLINA. — De nada me olvidaré, compañeros. Gracias por la atención, que es cariño.

(Suena otra vez el timbre del teléfono, Molina atiende).

Si... con Alberto... No, todavía estoy aquí... Sí, con unos amigos... Vamos, querida... no seas así. Bueno, hasta ahora.

(Cuelga el tubo con fastidio).

DUFORT. — La tiranía en acción, ¡Oh! ¡mujeres!... ¡mujeres!... Todo... y nada...

Adios Don Juan... Caíste.

(Todos ríen, y salen conversando).

TELON

PRIMER ACTO

CUADRO II

Dos mujeres charlan animadamente. La dueña de casa: Susana Torres, y su amiga Margarita Sala de Alvarez.

Pequeña salita íntima, que se supone comunica con el Salón.

ESCENA I

SUSANA. — No puede demorar, me dijo que salía en ese momento y la distancia es corta.

MARGARITA. — Aunque mi decisión es inquebrantable, deseo consultar a Molina. Tu novio, es el abogado de moda, por algo será — y después de la visita de mi marido, mucho me temo que quiera iniciar el divorcio.

SUSANA. — Pero, ¿no dicen que tiene que pedirlo la mujer, o qué debe contarse por lo menos con su voluntad?

MARGARITA. — Eso dicen..., pero recuerda el proverbio: donde está la ley está la trampa.

MUCAMA. — El doctor Molina, señorita.

SUSANA. — Que pase aquí.

ESCENA II

Las mismas, después el doctor Molina.

SUSANA. — (Saliéndo a su encuentro). ¡Por fín, querido!... hoy te has hecho de rogar; hace un rato que te esperábamos.

MOLINA. — (Después de saludar a su novia, se dirige a la Sra. de Alvarez) ¿Cómo está señora?..., mucho tiempo hemos pasado sin vernos.

MARGARITA. — Es cierto, Molina — salgo muy poco — y salvo mis partidos de bridge para los que tengo mi rueda íntima, poco actúo en el mundo social.

SUSANA. — De aquella brillante mariposa que tú conociste, ya no queda sino el recuerdo.

MARGARITA. — Tienes razón, la mariposa se quemó las alas y no puede volar.

MOLINA. — La vida debe renovarse incesantemente.

MARGARITA. — ¿Usted lo cree así?

MOLINA. — Sí, señora, es un deber contraído con nosotros mismos y con la colectividad.

MARGARITA. — Ya estoy cumplida con ella — y a propósito, le confieso, que lo estaba esperando pues deseo hacerle una consulta.

MOLINA. — Me hubiera usted llamado y habría concurrido a su casa con el mayor gusto. Estoy a sus órdenes.

SUSANA. — Los dejo un momento, quiero dar las últimas órdenes — festejamos esta noche nuestro compromiso con una comida íntima.

MARGARITA. — No dés escusas, Susana, yo no necesito quedarme sola con Molina, porque tú conoces perfectamente el motivo de mi consulta, no tengo secretos para ti.

SUSANA. — Te aseguro, querida, que no es discreción, es necesidad.

(Mutis de Susana).

ESCENA III

Los mismos, menos Susana.

MOLINA. — Señora, estoy a sus órdenes.

MARGARITA. — Sé que usted conoce nuestra desavenencia y la separación con Carlos — y sé también, que es usted su amigo íntimo, pero, como la razón está de mi parte, tengo confianza en su imparcialidad.

MOLINA. — Cada litigante en la controversía judicial cree siempre que le asiste el mejor derecho — seguramente por aquello de que "todo es según el color del cristal con que se mira".

MARGARITA. — Mi caso es claro: un marido que abandona el domicilio conyugal y se marcha con otra mujer, es culpable.

MOLINA. — Encarado así el asunto, efectivamente, usted tiene razón; puede y debe iniciar el divorcio inmediatamente.

MARGARITA. — Eso es, precisamente, lo que no quiero hacer.

MOLINA. — ¿Le ama usted, aún?... ¿tiene la esperanza de su regreso al hogar?...

MARGARITA. — No, ya no le amo, y hasta me es indiferente, y su regreso, ni lo deseo, ni lo espero.

MOLINA. — Entonces, no comprendo su interés por la conservación del vínculo matrimonial. Si tuvieran ustedes hijos, hasta lo aconsejaría al precio de cualquier

sacrificio, pero, sin ellos y sin amor, el matrimonio no tiene razón de ser.

MARGARITA. — Es que, lo que yo quiero, es que sufran como me han hecho sufrir a mí, poniéndome en ridículo ante la sociedad, por eso quiero que ella no pueda dejar de ser lo que es: la amante.

MOLINA. — La mujer amada, dirá usted.

MARGARITA. — Como usted quiera llamarla, pero para la cual no existe, ni la consideración ni el respeto de las personas de bién.

MOLINA. — Yo no comprendo, ni su egoísmo, ni su crueldad inútil. Sea usted generosa, y quizá su generosidad le depare la felicidad que no pudo encontrar en el matrimonio.

MARGARITA. — No me interesa ya, ni el presente ni el porvenir. Vivo en el pasado.

MOLINA. — ¡Como no ha de interesarle el porvenir, si es usted tan joven y tiene derecho a rehacer su vida!

MARGARITA. — Nada ni nadie me interesa ya, como no sea una sola cosa: hacerlos sufrir.

MOLINA. — No la comprendo a usted, señora, ni comprendo tampoco, que cosa deseaba usted consultarme al respecto.

MARGARITA. — Anoche estuvo Carlos en mi casa, a implorarme el divorcio — y cuando se convenció que nada podría conseguir de mí, salió furioso, asegurándo que se divorciará de cualquier modo, con mi consentimiento o sin él. ¿Es posible eso?... Era lo que quería consultar a usted, Molina.

MOLINA. — Es posible, señora. Y debo comunicarle, que Carlos me ha comisionado para entablarle a usted el juicio de divorcio, por incompatibilidad de caracteres, y que yo he aceptado.

(Sorpresa de Margarita) — Entre tanto, se siente música lejana, que se supone viene del Salón — y se oye hasta el final del cuadro).

MARGARITA. — Debí sospecharlo... ¡eran ustedes tan amigos!

MOLINA. — Precisamente, pensaba solicitarle mañana mismo una entrevista, usted se ha adelantado a mi pedido.

MARGARITA. — ¿Para participarme la iniciación del juicio — o pretendía qué le diera mi consentimiento?..., pierde usted el tiempo doctor Molina, porque no se lo daré. Pero, ¿no dice usted, que Carlos lo obtendrá de cualquier manera?...

MOLINA. — Si, estoy seguro que lo obtendrá; pero, estando de acuerdo las partes se evita lo enojoso: el pleito, que es siempre desagradable. Yo le ruego, señora, que reflexione. Carlos ya no la ama, usted tampoco a él, según su propia manifestación... y entonces, ¿para qué conservar un vínculo que no los une ya y en cambio, tortura a seres inocentes?... ¿por qué hacerle sufrir a ese tercero las equivocaciones de ustedes?...

MARGARITA. — De mi error de elección, si es que a él alude, yo no he culpado a nadie sino a mí misma.

MOLINA. — Muy bien, perfectamente de acuerdo — ahora, sólo hay que pensar en remediarlo.

MARGARITA. — No tengo interés.

MOLINA. — Pero hay una persona inocente, que es la única perjudicada: su hijo, ese niñito, que mientras usted no consienta en divorciarse no podrá llevar el nombre de su padre. Ya que usted no pudo ser madre... por lo menos...

MARGARITA. — (interrumpiéndole). No pude, o no quise.

MOLINA. — (gran sorpresa). De cualquier manera, yo insisto: devuélvale la libertad a su padre y ese niño le deberá su felicidad. Y quizás entonces usted misma se sienta feliz por ello.

MARGARITA. — No insista, Molina, todo será inútil. Júzgueme como quiera: cruel, egoísta, no me importa. Que se tomen de la vida lo que a ella le pidieron cuando pudieron prescindir de mí para decidir situaciones: AMOR.

MOLINA. — Y si usted volviera a Amar?...

MARGARITA. — Si yo volviera a amar... Antes que devolverle la libertad a mi marido, renunciaría al Amor.

MOLINA. — Eso es una enormidad, señora... No lo diga, ni siquiera lo piense.

MARGARITA. — Esa es mi venganza.

MOLINA. — Su orgullo es egoísmo puro.

MARGARITA. — Lo será, es posible, pero yo tengo el respeto y la consideración de la sociedad, y ellos entre tanto viven al margen.

MOLINA. — Señora, yo hubiera deseado tanto estimarla..., pero usted no lo ha permitido. ¡Lo siento!

Mañana me presentaré solicitando el Divorcio de mi cliente, por incompatibilidad de caracteres.

MARGARITA. — Como usted guste, doctor Molina, es su derecho.

ESCENA IV

Los mismos y Susana. Entran después dos parejas de jóvenes.

SUSANA. — ¿Todavía no han terminado con esa consulta?... Las chicas se impacientaban con el largo coloquio y ya no pude contenerlas.

Entran dos o tres parejas de jóvenes, alegres y bullentas.

BLANCA. — Queremos saludar al novio — el novio es el héroe...

¡Vivan los novios!

TODOS. — ¡Vivan!

ROSA. — Vamos al Comedor, que nos espera el champagne, y allí brindaremos por el Amor.

MOLINA. — El Amor, que es el sol de la vida, la vida misma.

SUSANA. — Amor y Matrimonio... porque, ya lo saben, nosotros nos casamos... y muy pronto.

MARGARITA. — Amor y Matrimonio. Como Dios quiere.

MOLINA. — (mirándo a su novia). No. Como el mundo quiere.

(Se acerca a Susana y le ofrece el brazo)

Luego se forman las otras parejas y salen todos muy contentos.

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO I

La acción en el estudio de Alberto Molina. Confortable y lujoso. Una estufa eléctrica, imitando el fuego. Hermosos ventanales a la calle. Tarde gris y lluviosa.

Su anciana madre teje, sentada en un cómodo sillón, cerca de la estufa, mientras Molina, escribe aparentemente abstraído.

La Señora de Molina deja por momentos descansar las agujas y mira de soslayo a su hijo, cuya mal disimulada preocupación, la inquieta.

Molina, fastidiado, deja al fin la pluma, se acerca al balcón, saca su petaca y tomándo de ella un cigarro pónese a fumar. Su madre, sabe bien, que éste terminará como de costumbre por hacerla su confidente — y por eso dice una trivialidad:

ESCENA I

LA MADRE. — Esta Santa Rosa, no falla; ahí la tienes, estamos a treinta y esto ya tiene aspecto de temporal.

MOLINA. — Así parece. — (parco).

LA MADRE. — Todos los años ocurre lo mismo, desde que yo tengo recuerdo... ¡y van cerca de setenta abriles!

MOLINA. — Detesto la lluvia, me pone nervioso, malhumorado — no puedo escribir, no puedo hacer nada — y tampoco puedo salir, porque la humedad me hace mal para los bronquios, ¡qué fastidio!

LA MADRE. — Vén, siéntate cerca del fuego y verás que compañero mas dócil es. Si quieres hablar, el será expansivo, decidor, alegre; si quieres callar, languidecerá poco a poco respetando tu silencio ¡es tan bueno el fuego!..., es tan bueno, como un amigo agradecido. Lo alimentas con un carboncito o con unas leñitas y en recompensa te devuelve un chisporroteo que parece una sonrisa.

MOLINA. — (animándose). Pero madre, ¿de dónde has sacado tú, que el fuego sonríe? ¡Qué ocurrencias tan peregrinas tiene mi madrecita! (y acercándose a ella ya un poco más sereno, la besa con ternura).

LA MADRE. — Cuando tú eras pequeñito, no podía tenerte

quieto. Si hacía sol, corrías; si hacía frío, también; si llovía, no estabas contento hasta que te tomabas una buena mojadura. Yo me ponía desesperada, pero tu padre se reía de mis temores.

MOLINA. — ¡Pobre madrecita!, cuánto te he hecho sufrir desde que era un chiquillo..., privilegio de los hijos, ¿no es verdad, madre?...

LA MADRE. — ¡No fué tanto!... luego venías arrepentido y avergonzado de tu desobediencia a acurrucarte a mi lado. Eras dócil, pero, tu constante inquietud me preocupaba.

Recuerdo que un día tomaste frío y humedad y caíste enfermo; me costó mucho tenerte en la cama. Nada te distraía; los cuentos se habían agotado y no te gustaba que los repitiera; no querías seguir jugándo a las cartas, porque habías ganado. ¡Qué tremendo eras!, no se podía adivinar nunca lo que querías; te enojabas si ganabas y te enojabas si perdías... y siempre te gustaban más las cartas que yo tenía.

MOLINA. — Por lo visto, yo era un mal criado, un muchacho mimoso.

LA MADRE. — Es natural, para eso eras el único, y además, habías llegado un poco tarde, cuando ya casi no lo esperábamos, después de haberlo deseado mucho tiempo en vano.

MOLINA. — Se comprende perfectamente, que fuera mimoso y hasta mal criado.

LA MADRE. — Como te estaba diciéndo, recuerdo bién que era un día como el de hoy, llovía torrencialmente y tus nervios me desesperaban. Viendo que con nada lograba interesarte, me puse a echar leñitas a la estufa, pués antes no se usaba, ni el carbón, ni la salamandra, ni las estufas eléctricas, era fuego de leña ¡tan alegre y tan íntimo!..., quizá la leña estuviera un poco verde o húmeda, lo cierto es, que empezó un chisporroteo que te hizo reir... ¡si parecían cohetes!, como si los estuviera viendo.

Tu te pusiste muy contento y me dijiste: "mira mamita, el fuego también tiene su alegre carcajada; fíjate ¡parece que se sonríera!", y yo porque tú lo dijiste, así lo veía. Ahi tienes explicado, de dónde he sacado que el fuego se sonríe.

MOLINA. — Tienes razón, madre ¡el fuego es bueno!, me recuerdas con esto, el fuego sagrado del hogar de la ciudad antigua que comenté el otro día en mi conferen-

cia. Y eran también manos de mujer, como las tuyas, las encargadas de su conservación. Manos dulces, manos cariñosas, que saben alejar el dolor. Todos los hogares debieran tener "un fuego" madre, como antes, y a su lado una viejita buena como tú para que nunca se apagara. (Mientras dice todo esto, se acerca a su madre y le besa las manos con amor).

LA MADRE. — Pero ahora, hijito, todo lo hace la electricidad, todo se enchufa. Como esta estufa... parece fuego... pero no es.

MOLINA. — Tienes razón, Madrecita, (y Alberto ya completamente tranquilo, como avergonzado de su anterior mutismo, se sentó muy cerca de su madre afectuoso y confidencial).

Madre, yo he estado estos días un poco preocupado, pero no temas, no es nada grave. Estoy seguro que tú lo has notado y sufres, aunque nada me has preguntado.

LA MADRE. — Es que yo se que tú te torturas muchas veces sin motivo. ¡Ah!..., esa vehemencia, esa inquietud... bien la conozco. ¿Acaso has reñido con Susana?

MOLINA. — No, madre, tú sabes bien que Susana es dulce, tranquila; nunca hemos tenido un enojo, y ¡cuántas veces hubiera deseado que riñéramos!

LA MADRE. — Eres un gran loco, Alberto; solamente a ti se te ocurre matizar el amor con enojos.

MOLINA. — Pues sí, madre, créeme, estoy en vísperas de mi boda y no sé cuanto hubiera dado estos días por ver una vez siquiera bien enojada a Susana; creo que así habría llegado a ver mejor el fondo de su alma. Esa superficie siempre serena, que tanto me sedujo al principio, a veces me irrita, porque me parece que no veo claro en ella.

LA MADRE. — Tú estás loco, hijo. Tan luego ahora, que vas a casarte, se te ocurre creer que aún no conoces bien a tu novia.

MOLINA. — Madre, es que yo sé que las mujeres cuando se proponen un fin, tienen una voluntad inquebrantable.

LA MADRE. — ¿A qué fin te refieres? ¿Acaso al matrimonio?..., pero hijo, tú vas a llegar a él muy voluntariamente, según creo.

MOLINA. — Sí, madre, muy voluntariamente, tienes razón, sin embargo...

LA MADRE. — Además, hijo, ya has mariposeado bastante,

No está bien que el hombre haga del amor un deporte. No está bien.

MOLINA. — Madre, yo nunca he jugado con el amor; lo he buscado como se busca el buen sol; lo he esperado, como algo muy grande, como algo maravilloso que habría de transformar mi vida, porque amoríos no son el Amor.

LA MADRE. — Y ¿Susana, acaso?...

MOLINA. — De todas las mujeres que he creído amar, ella ha sido la más amada, por eso me caso con ella.

LA MADRE. — Entonces, no te comprendo.

MOLINA. — Madre, escúchame y trata de comprenderme, pues hace un mes que me ocurre algo muy raro.

Yo estaba encantado con Susana y con mi casamiento. Cansado de tantas aventuras, sentía por el cambio de vida la misma ansiedad que debe sentir el viajero por llegar al puerto de destino. Era feliz, completamente feliz, no pensaba sino en mi novia, en mi casa nueva, y hasta soñaba que un día vendría un nietecito a alegrar tu vejez; pero, un día conocí una mujer inesperadamente, y desde entonces su imagen me obsesiona en una forma desesperante.

LA MADRE. — Me alarmas, hijo —entonces ¿tu amor por Susana? ¿en qué quedamos?..., yo esperaba con alegría, que sería al fin el definitivo.

MOLINA. — Y yo también así lo creía, y hasta lo creo aún; pero el recuerdo de esa mujer me obsesiona, me molesta, me aleja de Susana... y me parece que me perseguirá hasta el altar.

LA MADRE. — Será alguna mala mujer, seguramente. Guárdate de ella, hijo, guárdate.

MOLINA. — Yo no sé si es mala o si es buena, sólo sé que me atrae.

LA MADRE. — Pero ella debe saber que tú estás por casarte, entonces, no puede ser buena, si sabiéndolo quiere mezclarse en tu vida.

MOLINA. — No madre, ella no me ha buscado; por el contrario, me huye, evita encontrarse conmigo como si me temiera. Por eso quizá me atrae más. No es ella, no, es la vida, que parece quisiera jugar con nosotros.

LA MADRE. — Ya eres un hombre, Alberto, no eres un muchacho, y después de mil amoríos, voluntariamente has elegido una novia para casarte con ella. Nadie ha intervenido en tu elección. Susana, es una niña bella, pertenece a una familia honorable, y no tienes dere-

cho de crearte estos problemas cuando estás a un paso del matrimonio. Te faltan sólo dos semanas, y ya es tiempo hijo que cese esa inquietud, que no sólo te pone en ridículo sino también a un paso de una mala acción.

MOLINA. — Yo no sé si soy culpable, madre, pero te aseguro que en estos últimos días he hecho todo lo posible por romper mi compromiso con Susana, le he dado mil motivos y hasta pretextos, pero ella ha cerrado los ojos a todo, con una fe en mí, inquebrantable y con una bondad infinita. Sin embargo, llega el momento de casarme con ella, y me da miedo la vida.

LA MADRE. — Me asustas, Alberto. Te extravías. Pero, si hace pocos días me dijiste delirante: "mamita, me faltan treinta días para que sea mía para siempre" y te parecía que te faltaba un año. Yo no te comprendo, hijo.

MOLINA. — Tampoco me comprendo yo, y bien quisiera que esto no me ocurriera.

LA MADRE. — Pero esa mujer ¿dónde la has visto?... ¿dónde la ves?...

MOLINA. — En ninguna parte y en todas; la llevo dentro de mí. El día de mi conferencia la tenía frente a mí, y me turbaba si la miraba. Tú sabes bien que yo no soy capaz de una jactancia, pero juraría que a ella le ocurría lo mismo... y ¿por qué?...

LA MADRE. — Tonterías, hijo, tonterías.

MOLINA. — Anoche nos encontramos en el Club Uruguay, en el banquete de despedida que le ofrecía el Cuerpo Diplomático al Ministro Suñer. Yo no me imaginé siquiera que ella estaría, pero sin saberlo, sin buscarlo, me encontré sentado a su lado.

LA MADRE. — Habrá sido ella, estoy segura, la que buscó la oportunidad.

MOLINA. — No, madre, los dos nos turbamos igualmente. Es lógico, yo más dueño de mí pude dominar la situación y le hablé de mil trivialidades. Estuve tonto, esto es lo que me irrita. Ella estaba nerviosa, desesperada, y antes de terminar el banquete, le pidió a su padre que la acompañara hasta su casa porque se sentía enferma.

LA MADRE. — Y tú, ¿qué actitud asumiste?...

MOLINA. — Una actitud ridícula, de colegial en falta. Nada hice por retenerla —y eso es precisamente lo que me desespera. ¿Qué pensará de mí?..

LA MADRE. — Que piense lo que quiera. Comprenderá que vas a casarte con otra, y que no debes maropisear más —eso es todo.

MOLINA. — Madre, pero yo estoy seguro que me perseguirá siempre su mirada de despedida, una mirada húmeda, dolorosa...

L AMADRE. — Tonterías, hijo. ¡Vamos, déjate de pensar en esa mujer que ya no puede ser para tí!

Susana tiene tu palabra, y cuando ya estés casado se terminarán todas tus veleidades y hasta te harán sonreir después. Tu padre era lo mismo. Bien dicen: que el que lo hereda no lo hurta. Muchas veces me contó, que hasta el día antes de casarse conmigo, vacilaba y se comprende, hijo; aprovecha tanto el hombre su libertad, que le cuesta mucho renunciar a ella. Sin embargo, tu padre fué un marido ejemplar, un santo. ¡Dios lo tenga en el Cielo!... yo sólo tuve una rival: la política.

MOLINA. — Pero yo no tengo la pasta de mi padre, por eso mismo le temo al matrimonio.

LA MADRE. — Es un capricho tonto. ¡Si casi no has hablado con ella!... Ocúpate de tus preparativos de boda, y verás como te olvidas de esa...

MOLINA. — (protestando). Madre, no la trates así, tú no la conoces, y no lo merece; si hay algún culpable, soy yo, y la culpa es leve, creéme. Es solo un escrúpulo. Mi temor al ir al matrimonio, es que pienso, que si yo estuviera verdaderamente enamorado de Susana, como lo creía, las demás mujeres no debieran existir ya para mí, y entonces, ¿por qué pienso en ésta?...

LA MADRE. — No seas ingenuo, Alberto; para el hombre no existe el renunciamiento total de los ojos; aunque los ojos no son culpables, porque lo mismo que el artista, ellos son siempre sensibles a lo bello, a lo nuevo. Pero eso sí, hijo, guarda tu corazón.

MOLINA. — Tienes razón, madre. No hay duda, el corazón es de Susana y este capricho, como tú dices, pasará. Tranquilízate.

(Suena el timbre del teléfono —Alberto atiende).

Hola... Sí —con él hablas. ¿En qué Comité?... Sí... Iré con mucho gusto... Muy bien. ¿Cuándo es la Asamblea?... pero, no olvides que debo casarme el 18... Bueno, ya hablaremos. Hasta luego.

LA MADRE. — ¿Vas a salir, Alberto, con una noche tan fea?...

MOLINA. — Sí, madre, no tengo más remedio. Hoy se reúne la Convención y estoy obligado: soy Convencional. Además, posiblemente se proclamará la fórmula esta noche, y debo ir primero al Club.

LA MADRE. — ¡Eres como tu padre!, siempre el partido primero... Por qué no vas a ver a Susana?...

MOLINA. — (contrariado). No, esta noche no —es mejor que no la vea... mañana... Pero te prometo que seré juicioso, madre. No temas me casaré.

LA MADRE. — Ya es tiempo, hijo. Es necesario labrarse la propia felicidad, el hogar. Todo lo demás es humo, y se desvanece rápido.

MOLINA. — (Besa a su madre con ternura). La felicidad... ¿dónde estará ella, madre?...

LA MADRE. — Anda, gran loco —presumido— en la casa de tu novia —¿dónde más va a estar?...

(Mutis de Molina).

TELON

—————o—————

SEGUNDO ACTO

CUADRO II

Es la casa de Ana Sofía de Castro. Elegante Salón, piano, etc. Este cuadro, si escénicamente pudiera jugarse junto con el anterior sin bajar el telón, ya que las situaciones de espíritu de Ana Sofía y de Molina son similares, sería el ideal, de lo contrario, sólo se bajará el telón el tiempo indispensable para el cambio de decorado sin prender la luz.

ESCENA I

Ana Sofía preludia en su Stenway, primero a Beethoven, luego a Schumann, hasta que finalmente fija su atención en Chopín, pero tampoco por mucho tiempo, pues luego levántase del piano nerviosa y con los ojos llenos de lágrimas. Se sienta en un sillón. Interrumpe su estado de ánimo, la entrada de Matilde, su amiga íntima.

MATILDE. — Ana Sofía, querida, ¿cómo estás?...

ANA SOFIA. — ¡Matilde! (se abrazan) ¡qué buena idea! ¡qué suerte que se te haya ocurrido venir esta tarde!

MATILDE. — ¿Cómo está tu espíritu?... ¿ya pasó el spleen?...

ANA SOFIA. — Si, son ráfagas.

MATILDE. — ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por el Prado?, he retenido el coche. Por el Prado o por donde tú quieras, a mí todo me interesa.

ANA SOFIA. — Y a mí, nada.

MATILDE. — Vamos Anita, no seas romántica, eso está reñido con la época y con tus antecedentes, no puedes olvidar que has vivido varios años en Norte América, ¿acaso no aprendiste allí a ponerte en contacto con la realidad?...

ANA SOFIA. — ¡La realidad! y ¿qué cosa es la realidad, Matilde?, ¿lo sabes tú acaso?...

MATILDE. — La realidad es todo lo realizable, lo lógico, lo humano.

ANA SOFIA. — ¿Tu próximo casamiento?...

MATILDE. — Es claro, esa sí que será una bella realidad.

ANA SOFIA. — Pues para mí, la realidad es: un bello sueño, una ilusión y hasta una quimera.

MATILDE. — ¡Qué disparate! No te pongas romántica Ani-

ta, que es cursi, y la diplomacia tiene sus exigencias, si estuvieras en Wáshington...

ANA SOFIA. — Pero como no estamos en Wáshington sino en Montevideo, la cosa cambia.

MATILDE. — Sí, pero no las personas.

ANA SOFIA. — Mira Matilde: hija de Ministro o no, en Wáshington o en Montevideo, yo seré siempre una criatura inquieta que sufre el mal del desplazamiento, y aquí, más acentuado quizá.

MATILDE. — Es la herencia de los nómades charrúas, especie de sombra que llevamos en el espíritu, que no es neurastenia, pero que está muy lejos de ser alegría.

ANA SOFIA. — Ese pícaro mar, es un excitante para el sistema nervioso, quizá por esta causa los uruguayos somos un poco neuras..., es claro, ¡rodeados de mar!

MATILDE. — Podría muy bien ser esa una de las causas, y la mujer, que es más sensible lo sufre doblemente.

(Ambas mujeres, se sondean sin querer descubrir su inquietud —la de Matilde,— por su amiga muy querida).

ANA SOFIA. — ¿Está Jorge en Montevideo?

MATILDE. — No, está en la estancia, lo espero mañana. ¡Ya era tiempo!, hace un mes que está por allá. ¡Con esa maldita esquila!, y todo su cortejo invernal; te aseguro Anita, que odio el campo.

ANA SOFIA. — ¡Es bello sin embargo! Yo desearía pasar en él una larga temporada. Debe ser bueno para olvidar, para descansar. Cásate pronto y llévame contigo... ¿Aún no tienen fecha?

MATILDE. — La fijaremos tan pronto llegue Jorge.

ANA SOFIA. — Y entre tanto, preparas tu ajuar.

MATILDE. — Sí, porque de ese modo engaño mi impaciencia.

ANA SOFIA. — Tienes razón, comprendo que debe sentirse impaciencia por llegar al fin cuando se ha encontrado la senda definitiva.

MATILDE. Así es, querida, aunque hay también quien siente la voluptuosidad de prolongarla.

ANA SOFIA. — ¿Los hombres tal vez?...

MATILDE. — No, indistintamente, es cuestión de temperamentos, no de sexos. Y a propósito de temperamentos originales, recuerdo uno, ¿sabes quién se casa el sábado?

ANA SOFIA. — ¿Quién?..., no acierto, ¿alguna amiga común?...

MATILDE. — No: Alberto Molina, tu simpatía.
ANA SOFIA. — ¿Por qué me dices eso, Matilde?
MATILDE. — Para que no pretendas engañarme. ¿Acaso no lo sé? ¿Crees haber conseguido ocultármelo?, te equivocas, Anita, yo bien se la impresión que él te ha causado. Te conozco.
ANA SOFIA. — Yo no estoy enamorada de Molina.
MATILDE. — Y yo no he dicho que lo estés. Gracias a Dios, no es así. He dicho simplemente, que estás impresionada.
ANA SOFIA. — ¡Impresionada!, tal vez, no quiero ocultártelo, eres mi mejor amiga; pero, quería vencerme, es mi deber.
MATILDE. — ¡Mi pobre Anita!..., esto pasará, es solamente una impresión y me la explico. Alberto Molina es el ejemplar masculino más interesante de su generación, todas hemos estado alguna vez un poco enamoradas de él. Luego, tú eres la mujercita más adorable y sugestiva de la hora, lógicamente debíais sentiros atraídos.
ANA SOFIA. — Cuestión de afinidades, simplemente. Sin embargo, yo he rehuído todos los encuentros, tú lo sabes.
MATILDE. — Quizá eso haya sido peor; tú has guardado la primera impresión, el "coup de foudre" y no has podido decepcionarte. Recuerdo lo que pasó en la Conferencia: tú y yo estábamos frente a él y sus ojos buscaban constantemente los tuyos, yo lo observé... no debió hacerlo.
ANA SOFIA. — Es que quizá se sintiera halagado con mi entusiasmo. Yo estaba encantada con su conferencia, no podía ocultarlo y aplaudía entusiastamente.
MATILDE. — No querida, no era tu aprobación literaria lo lo que le interesaba ni lo que buscaba él, porque Molina está acostumbrado al éxito. Era otra cosa..., sus ojos buscaban los tuyos con simpatía.
ANA SOFIA. — Que tampoco podía ser amor. Nos hemos visto muy pocas veces, y yo sabía que estaba de novio y por casarse.
MATILDE. — Eso es precisamente lo que ha creado la actual situación. Tú tienes el sentido de la responsabilidad, y el temor ha creado el conflicto. Molina, te gusta de verdad y te gusta más que todos los otros, quizá porque sabes que será para otra. El "no puede ser"

es un gran atractivo para las románticas; pero eso se cura con una amarga realidad.

ANA SOFIA. — ¿Con cuál?

MATILDE. — Con un casamiento. El se casa con otra, quizá pensando en ti. Los hombres saben mucho de estas dualidades tan interesantes.

ANA SOFIA. — ¡Qué admirable capacidad sentimental!

MATILDE. — Sí, ¡y que pocos escrúpulos!, a veces.

ANA SOFIA. — No creo que eso revele falta de escrúpulos, y tampoco creo que Molina vaya al matrimonio pensando en mí. Si él creyera quererme, hubiera roto su compromiso ¡no será una cosa tan difícil, un rompimiento!

MATILDE. — Es muy difícil, Anita. El te conoció a ti, después de hecha su elección y ya casi para casarse, y el hombre tiene demasiado amor propio para volver sobre sus pasos, aunque tú le gustaras de verdad.

ANA SOFIA. — Lo que yo puedo haberle inspirado a Molina, es una simple impresión que el matrimonio, como tú dices, arrancará de raíz, si es que tiene raíz.

MATILDE. — Parece que lo sintieras, lo dices con tristeza.

ANA SOFIA. — Sí, Matilde, lo siento profundamente, para qué ocultártelo. Muchos hombres he conocido, aunque sólo tengo veintitrés años. Tú sabes que la vida de un diplomático obliga a contínuas fiestas, y mi padre era en Wáshington uno de los Ministros más queridos. Su posición le permitía dar grandes recepciones y éstas son siempre panal de atracción. Yo era la mayor y empecé desde muy temprano, sin embargo, ningún hombre, ninguno, ha dejado en mi espíritu una impresión tan honda como Molina.

MATILDE. — Ya pasará, Ana Sofía. No te queda otro camino, que reaccionar. No creo que tú seas de la pasta de las enamoradas sin correspondencia. Tú también tienes mucho amor propio y eso te salvará, felizmente.

ANA SOFIA. — Esperémoslo así. Yo no creo amarlo, Matilde; y sin embargo, temo amarlo más de lo que creo.

MATILDE. — Es demasiado afortunado, Molina. Se casa con Susana Torres, que es una de las mujeres más bellas de su generación; deja detrás de su boda un cortejo de enamoradas, y todavía más, al final, te arrastra a ti, que eres una criatura de excepción en el ambiente actual y que por eso mismo debías haberte librado de su extraño influjo.

ANA SOFIA. — ¡Destino! ¡Destino!...
Pero, dime, como es Susana Torres, tú la conoces, eres su amiga, ¿es realmente una mujer interesante?...

MATILDE. — Ya te lo he dicho, es una de las chicas más lindas de su generación.

ANA SOFIA. — (Insiste). Pero ¿es o no, una mujer interesante?...

MATILDE. — Mujer..., no sé, pero es un pajarito interesante cuyo plumaje es maravilloso, tiene todos los colores imaginables. Es dulce, y parece dócil.

ANA SOFIA. — ¿Por qué dices, parece?...

MATILDE. — Porque no la conozco lo bastante para afirmarlo, y tú sabes que la mujer es a veces hábil simuladora.

ANA SOFIA. — ¿Cómo ha podido elegirla él?, a Molina, no podía, no debía bastarle una apariencia.

MATILDE. — Es que, hay apariencias que parecen una bella realidad.

ANA SOFIA. — ¡Destino!

MATILDE. — ¿Por qué no haces un viajecito? Si se lo pidieras a tu padre, estoy segura que te complacería.

ANA SOFIA. — ¡Si tú supieras que me aterra la idea de alejarme de Montevideo! ¡El corazón humano, qué extraña cosa es!... Al principio, cuando recién regresamos de Norte América, sufrí mucho, creí que nunca podría adaptarme a vivir otra vez en mi patria... pues ahora, tengo casi la seguridad que mandarán a mi padre nuevamente al extranjero, y estoy aterrada de que esto suceda.

MATILDE. — Pero Anita, ¡eso sería tu salvación!... y ¿a qué se debe ese cambio?... ¿se ha cumplido tan pronto el proceso de adaptación?...

ANA SOFIA. — No, mi querida, no quiero ni engañarme ni engañarte: es Molina, él sólo, el que me ata a Montevideo.

MATILDE. — ¿Aún en vísperas de boda?

ANA SOFIA. — Aún en vísperas de boda. Sé que sufriré hasta la tortura viéndole de otra mujer, pero prefiero este sufrir al sufrimiento de no volverlo a ver.

MATILDE. — ¡Pobrecita mía!, estás más gravemente enferma de lo que yo sospechaba. No lo mereces tú, ni tampoco merece él que tú lo ames así.

ANA SOFIA. — El amor no es una consecuencia del merecimiento.

MATILDE. — Pero debe ser una consecuencia de la reciprocidad, y Molina no te ama.
ANA SOFIA. — ¡Quién lo sabe!
MATILDE. — Tienes el deber de olvidarlo, Ana Sofía, y olvidarás, porque eres una mujer hecha de lealtad.
ANA SOFIA. — ¡El deber de olvidar!, ese no puede ser el destino de un ser humano, "el deber de amar", ese sí es un gran destino.
MATILDE. — El deber de amar, sí, pero no a un imposible.
ANA SOFIA. — El corazón no reflexiona, siente.
MATILDE. — Falsas teorías para disculpar tu equivocación. Convéncete, no tienes más remedio que olvidar, es tu deber; por ti y por los tuyos.
ANA SOFIA. — Te prometo intentarlo lealmente, enérgicamente.
MATILDE. — Entonces, lo conseguirás, tengo fe en tu lealtad.
ANA SOFIA. — Esperémoslo, Matilde, esperémoslo.
(Pausa).
MATILDE. — ¿Quieres que vayamos hasta el Prado?... te hará bien un poco de aire... ¿quieres?
ANA SOFIA. — Bueno, te complaceré... espérame un momento, voy a ponerme el sombrero.
(Sale Ana Sofía).

ESCENA II

Matilde de pie, recorre el Salón, mira retratos, etc.
(Entra Ana Sofía).
MATILDE. — ¡Qué elegante te has puesto, Anita!... ¿Dónde has comprado ese precioso sombrerito?
ANA SOFIA. — Es un modelo de Patou.
MATILDE. — Ya me pareció sentirle olor a París.
ANA SOFIA. — Es inconfundible su perfume, ¿no es verdad?...
Vamos marchando, Matilde. No has podido venir en mejor hora... ¡Estaba tan triste!...
(Salen Matilde y Ana Sofía).

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO III

Susana Torres de Molina recibe a sus amigas. Están allí; Alicia Gómez, Matilde Villegas de Romero, María Teresa Suárez, Mercedes Vargas Guillot y Juanita Zumarán.

Casa lujosa y elegante.

ESCENA I

La charla estaba en el momento más interesante, la fina y aguda crítica, de la que no se salvaba ni la dueña de casa.

ALICIA. — Yo le preguntaría a la señora de Molina, por qué destierra a su marido de nuestras reuniones; jamás se le encuentra aquí los lunes... ¿Nos temes a nosotras, o le temes a él?...

SUSANA. — ¡Qué ocurrencia! Yo no le temo a nadie, creo en mí, y a veces creo también en los demás.

ALICIA. — Entonces, será él quien nos huye.

SUSANA. — Tampoco aciertas esta vez, aunque pienses mal.

ALICIA. — Sin embargo, el hecho existe y es curioso.

JUANITA. — Molina es un hombre de acción, que tiene todas sus horas tomadas y no le sobra el tiempo para charla de mujeres.

ALICIA. — Antes le alcanzaba...

MATILDE. — Susana hace muy bien de cuidar su felicidad, ella sabe que hay solteras que pescan maridos ajenos...

MERCEDES. — ¡Qué disparate!... esos son celos ridículos de mujeres casadas. No veo la ganancia...

MATILDE. — Pues yo veo las pérdidas.

MERCEDES. — Alicia tiene razón; bien podía el doctor Molina dedicarle un poco de atención a las amigas de su mujer, sin correr ningún riesgo.

MARIA TERESA. — Es que como ya nos la dedicó de soltero, nos conoce demasiado y no le interesamos.

SUSANA. — Ninguna de las dos están en lo cierto, pero conste, que por mi parte no hay ninguna clase de temores; me sobro y me basto.

JUANITA. — Así me gusta. Además, tendrás confianza en él, me figuro.

SUSANA. — El motivo es muy sencillo: Alberto sabe que

mis amigas me acompañan los lunes y él los aprovecha para dedicárselos a su madre.

ALICIA. — ¡Pobre viejita, tan sola! ¡cómo habrá extrañado a su hijo!... la verdad es que, todos creíamos que ustedes vivirían siempre con ella.

SUSANA. — Yo consentí al principio, porque Alberto así lo deseaba, pero luego, él mismo se convenció, que no era posible crear afinidades entre nosotras. A mí me interesan todas las fiestas, todos los espectáculos, a ella nada le interesa del ruido exterior, ni el eco siquiera. Su vida está en su propia casa, en su hijo.

MERCEDES. — ¡Qué programita para una recién casada!, que desearía ante todo estrenar sus trajes y lucir su marido en todas partes.

ALICIA. — Se comprende, el deseo de exhibición... ¡con lo que cuesta conseguir un marido!

MERCEDES. — A unas más y a otras menos, según.

ALICIA. — De cualquier manera, un marido representa un esfuerzo.

JUANITA. — Lo grave es que muchas veces será sin equivalencia.

SUSANA. — No lo creas, Juanita, un marido, por lo menos representa siempre la tranquilidad.

ALICIA. — Y salir de la soltería, que muchas veces es un poco ridícula.

JUANITA. — Somos tan serviles, que preferimos ser: la mujer de fulano... aunque éste no valga un real, a la soledad de nuestro nombre de soltera por muy bien que suene. ¡He visto cada remate vergonzoso!

MATILDE. — Pues mi aspiración siempre fué, llegar al matrimonio por el amor y así lo he realizado.

SUSANA. — Yo también tuve esa aspiración, pero hoy creo, que la mujer debe casarse en cualquier forma, por amor o sin amor; pero debe casarse.

ALICIA. — Trataremos de seguir el consejo: **nos casaremos.** Lo esencial por lo visto, es el marido.

MARIA TERESA. — Y sin suegra, para evitarnos el cambio de domicilio en el primer año, que debe ser muy molesto.

MERCEDES. — Y un recargo de desencantos y discusiones inútiles.

SUSANA. — No lo creas, nosotros nos separamos dulcemente. Yo quiero bien a mi suegra, pero por su tranquilidad y por la nuestra...

MARIA TERESA. — Se comprende perfectamente, yo hubiera hecho otro tanto.

SUSANA. Como Alberto adora a su madre, lo veía todo por sus ojos, y había llegado a convencerlo que me enfermaría si seguía actuando tan intensamente en la vida social, yo, que desde que nací no he hecho otra cosa.

MERCEDES. — Para mí, la vida mundana es la única que vale la pena de vivirse.

SUSANA. — Figúrense, si me molestaría el estribillo de todos los días: "Susana es una niña débil, no le permitas trasnochar, se va a enfermar". Luego, me perseguía por la alimentación: "esta niña no come: toma un vaso de leche: toma un huevo: un poco de malta... Si yo le hubiera hecho caso ¡sería un fenómeno!... y gracias a Dios, tengo las mismas medidas que de soltera, y conservo el mismo peso, 50 kilos, y haré todo lo posible por conservarlos siempre.

ALICIA. — ¡Cosas de vieja!, hiciste muy bien en no hacerle caso. No faltaba más, que ponerse ridícula por hacerle el gusto a la suegra, sería el colmo.

JUANITA. — Es que quizá la pobre viejita esperaría un nietecito, y con tu elegante fragilidad la harías temer por el éxito.

SUSANA. — Precisamente ésa era la causa de todo. Como Alberto es hijo único y la familia es muy corta, había que multiplicarla. ¡Qué tengo yo que ver si los Molina se concluyen! Además, recién hizo dos años que nos casamos, quiero aprovechar la vida, hacer un viaje a Europa... y la verdad es, que le tengo un miedo horrible a la maternidad, creo que me moriría ¡y la vida es tan bella!

JUANITA. — Sin embargo, Susana, son muy pocas las mujeres que se mueren por tener un hijo.

SUSANA. — Pero yo tengo ese presentimiento — soy débil, enfermiza... y hay por ahí bastantes mujeres fuertes para el caso.

ALICIA. — Que no las encuentre tu marido, que el lobo pierde el pelo pero no las mañas.

MERCEDES. — (A Alicia). No seas bárbara — (fuerte) — Susana tiene razón. Sería una lástima, estropear esa figura maravillosa! hay que ver cómo se deforma el cuerpo con la maternidad!

MATILDE. — Es claro, por ahora somos jóvenes.

ALICIA. — Te comprendo, por eso tú también... pero, cuidado, que la maternidad no es cosa de viejos.

SUSANA. — Estamos muy lejos de la vejez. Pero, les aseguro, que yo creo no tendría fortaleza para esos trances, y no quiero dejar a mi marido para otra.

JUANITA. — Entonces, tu suegra tenía razón al querer fortificarte.

SUSANA. — Es que tendría que hacerme de nuevo. Ella es una señora a la antigua para quien la mujer no tiene otro rol en la vida que dar hijos a la patria. ¡Cosas de vieja!, no vayan a creer que yo no la quiero... la quiero bien, pero ella en su casa y yo en la mía.

MERCEDES. — Es natural: distintos gustos, diferencias de educación. Tenía que resultar imposible la adaptación.

ALICIA. — Yo pienso elegirme un marido huérfano. La familia es un clavo, un estorbo, y, buena o mala tienes que cargar con ella. Además, quiero un marido que no tenga Estudio, ni escriba libros, para que se ocupe sólo de mí.

JUANITA. — Y con plata en el Banco, naturalmente. Para eso eres la más bella, y con pasearte tiene bastante.

SUSANA. — Tiene razón Alicia; la verdad es que mi marido, con su política y sus manías literarias, me abandona un poco, y me tengo que quedar en casa muchas veces, aburrida, bien aburrida.

ALICIA. — Lo cierto es que, los hombres importantes no deben ser los mejores maridos.

MARIA TERESA. — Sin embargo, yo creo que a Molina, cualquiera de nosotras, y muchas otras, lo habríamos aceptado encantadas.

ALICIA. — Pero tú estás de novia, y según dicen, para casarte pronto...

MARIA TERESA. — Por eso mismo puedo ser imparcial y reconocer los valores de Molina.

SUSANA. — ¡Cómo me adulas!

JUANITA. — Pues yo, le hubiera elegido entre todos, tan solo porque es escritor.

SUSANA. — Sí, porque es rico se le puede tolerar la veleidad; pero, si tuviera que ganarse la vida escribiendo, ¡te ibas a divertir!... tendrías régimen de hambre para el año entero.

JUANITA. — Sería la única forma de guardar la línea, obligada, porque de otro modo, no tengo paciencia.

MARIA TERESA. — Y este tema está acabando con la mía —basta— hablemos de cosas alegres. ¿No piensan ir al baile de trajes del Club Uruguay?...

SUSANA. — Yo estoy loca por ir, ando detrás de Alberto para que me lleve, y lo conseguiré seguramente.

ALICIA. — ¿Crees que favorezcan los trajes de miriñaque?, yo temo que envejezcan.

SUSANA. — ¿Estás loca, Alicia?..., favorecen muchísimo —si consigo que Alberto me lleve, pienso copiar un traje de la Quiroga.

MARIA TERESA. — ¿Quién es la Quiroga?... ¿se puede saber?...

SUSANA. — Una artista argentina, amiga de Alberto. Es un retrato con traje de la época, magnífico; tiene hasta los colores y se puede copiar exactamente.

MARIA TERESA. — ¿Dónde tienes el retrato?... ¿se puede ver?...

SUSANA. — Está en el escritorio de Alberto.

TODAS. — ¡Que lo muestre! ¡que lo muestre!

SUSANA. — Vengan a verlo y verán que no exagero ,¡es una maravilla!

(Y salen todas alegres y bullangueras).

ESCENA II

Entra Molina con dos amigos: el Dr. Eduardo García y Ricardo Rivero.

MOLINA. — Creí que encontraríamos en casa, a las amigas de mi mujer, por eso los invité a venir... ¡es raro que se hayan ido tan temprano!...

EDUARDO. — ¡Qué lástima!

MOLINA. — (Acercándose a la puerta del fondo). Susana!... Susana!...

(Se sienten gritos y gran algarabía).

MOLINA. — ¡Ah!, me parece que andan por ahí adentro... ya vendrán.

EDUARDO. — Hace días que deseaba hacerte una pregunta y no encontraba la oportunidad: ¿en qué quedó el divorcio de Carlos?, porque yo creo que tú fuiste su defensor, ¿no es verdad?...

MOLINA. — Sí, lo era —ya terminó el juicio.

EDUARDO. — ¿En qué forma terminó?...

MOLINA. — Su mujer tachó los testigos "por parcialidad", probando su amistad íntima con la contraparte y el juez falló aceptándola.

RICARDO. — ¡Pobre Carlos!

MOLINA. — Margarita es una mujer terrible. Había que

ver la calidad de los testigos..., nadie se hubiera animado a tacharlos, pues ella lo hizo, y la tacha fué decisiva.

RICARDO. — Y ¿no hay ninguna esperanza?...

MOLINA. — Ninguna, por ahora... Mientras no se reforme nuestra ley de divorcio.

(Entran en la sala, las mismas de la escena anterior, riendo y jaraneando).

ESCENA III

SUSANA. — ¡Alberto en casa tan temprano!... ¡qué milagro!

ALICIA. — Estábamos protestando por su ausencia.

MOLINA. — Es un honor para mí. (Presentándolos). Mis amigos: el doctor García, el escritor Rivero... la señorita de... la señora... (hace todas las presentaciones sucesivamente).

MARIA TERESA. — Acabamos de ver una maravilla de su intimidad...

MOLINA. — No acierto..., pero si ha sido mi mujer...

ALICIA. — El retrato de la Quiroga, y por cierto que es magnífico.

MERCEDES. — Es un precioso vestido, tenía razón Susana.

MARIA TERESA. — ¡Y una preciosa mujer!, aunque ella parece ignorarlo.

ALICIA. — ¿No tienes celos de ella, Susana?...

SUSANA. — ¡Yo celos!... ¡y de una artista!... Vamos, chica, no sería elegante.

ALICIA. — Tampoco es bueno descuidarlas.

SUSANA. — Además, está en Buenos Aires, y no vamos nunca.

MOLINA. — Aunque fuéramos, no habría motivos.

ALICIA. — Fíate en Dios y no corras...

MATILDE. — Pero, en desagravio de la presencia de la Quiroga en su escritorio, Molina pone al alcance de su mano un bello retrato de Susana. ¡Oh, estos hombres... son admirables!, lo que soy yo, no le tolero a mi marido más retratos, que el mío y los de sus abuelas.

EDUARDO. — ¡Qué celosa!

SUSANA. — No hay tal desagravio —ni agravio. La Quiroga, es una artista de su admiración y creo que de su amistad. Yo soy su mujer, elegida entre todas las mujeres, como la Virgen María...

MARIA TERESA. — Descuídate y verás. La indisolubilidad de la Iglesia Católica, se suele defender a medias.

SUSANA. — Nada temo. Vamos al comedor... y allí decidiremos tan trascendental problema.

MOLINA. — (Dando el brazo a Matilde). Señora, permítame que en ausencia de su marido le ofrezca mi brazo.

EDUARDO. — (A Susana). Señora, vamos a buscar la solución planteada.

ALICIA. — Nosotras, vamos a rifar al poeta (lo rodean entre todas).

RICARDO. — ¡Encantado!

MERCEDES. — (Aludiendo al poeta). Vamos a brindar por la multiplicación de los panes!... ¡falta haría!...

TODAS. — Así sea...

(Salen todos con gran alegría).

TELON

Fín del Acto Segundo

ACTO TERCERO

CUADRO I

Una habitación en un sanatorio. Ana Sofía de Castro, está en cama, convalesciente de un accidente de automóvil. Su hermana Sarita, la acompaña.

ESCENA I

ANA SOFIA. — Cuéntame, Sarita, ahora que estamos solas ¿cómo fué el accidente?

SARITA. — Te contaré lo poco que se ha podido aclarar: veníamos con papá de visitar la fuente "Salus" en Minas. y traíamos una velocidad relativa; de pronto, en esa curva peligrosa nos vimos venir encima un camión. El chofer quiso hacer un viraje para evitar el terrible choque, y el auto se nos dió vuelta. Todos quedamos tirados en el medio del camino, pues el camión desapareció.

ANA SOFIA. — ¿No pudieron identificarlo?...

SARITA. — Hasta ahora, no. El pobre chofer, que hubiera podido dar algún dato, murió en el acto, y nosotros poco vimos. Papá y tú, quedaron seriamente lesionados, y yo, aterrada.

ANA SOFIA. — ¿Cómo está papá?

SARITA. — Muy mejor, pero tiene una pierna enyesada.

ANA SOFIA. — Y mamá, ¿está siempre con él?...

SARITA. — Sí, no la deja mover de su lado, pero siempre que puede, hace sus escapaditas para venir a verte.

ANA SOFIA. — ¡Pobrecita! que susto terrible le habremos dado... y ¿fué Alberto Molina el que nos recogió?

SARITA. — Sí, él iba para Minas y nos encontró tirados en la carretera, pues al deshacerse el auto, saltamos en distintas direcciones, sólo el pobre chofer quedó en su puesto, pero muerto.

ANA SOFIA. — ¡Qué extraña casualidad!..., la vida todo lo complica.

SARITA. — ¿Por qué dices eso?... Mucho mejor es que haya sido Molina el que nos encontrara, una persona finísima, que ha tenido con nosotros toda clase de atenciones. Nos metió en su auto, y nos trajo inmediatamente al Sanatorio antes de dar aviso a la Policía, y dicen los médicos, que esto te salvó la vida. Media hora más, y estabas perdida.

ANA SOFIA. — ¡Quién lo sabe!
SARITA. — Hija, los médicos. Te trajo con una gravísima conmoción cerebral y tres costillas rotas.
ANA SOFIA. — Yo no me dí cuenta de nada.
SARITA. — ¡Si no conocías a nadie! y así pasaste muchos días, que desesperábamos salvarte. ¡El pobre Molina estaba desesperado! y vivió aquí con nosotros las terribles horas de la lucha titánica que sostuviste con la muerte.
ANA SOFIA. — Es curioso lo que me pasa —no estoy contenta de estar viva... no lo comprendo.
SARITA. — Ya te alegrarás cuando te sientas fuerte, es que el choque ha sido muy grande, y recién empiezas a entrar en la vida.
ANA SOFIA. — Y Molina ¿ha venido todos los días?, dices...
SARITA. — ¿No te he dicho que no se movía de aquí, día y noche?... te aseguro, que se ha portado como un buen hermano.
ANA SOFIA. — Y yo se lo agradezco mucho, sólo que, hubiera preferido...

ESCENA II

Entra el doctor, interrumpiendo la frase de Ana Sofía.
DOCTOR. — ¿Cómo está esa enfermita?...
ANA SOFIA. — Muy bien, doctor, yo me siento completamente bien.
DOCTOR. — (Acercándose, le toma el pulso). Sí, ya no hay temperatura —talvez mañana le demos permiso para levantarse un rato.
ANA SOFIA. — ¿Cree que tendré fuerzas, doctor?
DOCTOR. — Sí, señorita, porque será una hora y al sillón —son los pininos.
ANA SOFIA. — ¿He rebajado muchos kilos, doctor?...
DOCTOR. — Algunos, la fiebre ha sido muy intensa y tenaz, costó mucho vencerla, luego la operación, pero ya se repondrá pronto, muy pronto.
SARITA. — Usted dijo, que hoy le empezarían a dar una serie de inyecciones tónicas.
DOCTOR. — Y se las estamos dando hace ya unos días, sólo que hoy vamos a cambiarlas. El médico interno tiene mis instrucciones... (se para) la visita de esta

tarde es corta porque hago más falta en otra parte; pero, volveré a verla a última hora.
(Mutis del doctor).

ESCENA III

(Las mismas, menos el doctor).

ANA SOFIA. — Sarita, alcánzame el espejo, quiero ver cómo estoy.

SARITA. — ¡Qué presumida!, estás muy bien, nadie diria que has estado tan enferma —además, yo te arreglo todos los días lo mejor que puedo.

ANA SOFIA. — Ya lo sé, y bastante que te lo agradezco, pero quiero verme por mis propios ojos.

SARITA. — (Le alcanza el espejo). La cara no sufrió nada con el golpe, ni un rasguño... ¡fué providencial!

ANA SOFIA. — (Mirándose en el espejo). ¡Qué cambiada estoy!, me encuentro espantosa... (se arregla con coquetería).

SARITA. — ¡Qué tonta eres!, me quieres obligar a que te diga: que siempre estás bonita..., ya te lo dirá Molina cuando venga, no falla un solo día.

ANA SOFIA. — ¿El doctor permite que entren otras personas que no sean los de familia?

SARITA. — Por ahora, sólo ha dejado entrar a las que te han visto desde el primer momento. Esto ha sido una romería... todo el mundo ha venido por noticias..., pero el doctor ha sido inflexible —estás muy débil. aún.

ESCENA IV

Entra la enfermera, luego Alberto Molina.

ENFERMERA. — (Anunciando). El doctor Molina, pregunta si puede pasar.

SARITA. — Sí, (levantándose sale a su encuentro) pase Molina.

(Entra Alberto Molina, con un lindo manojo de rosas, que pone en manos de la enferma).

MOLINA. — ¿Cómo está la enferma?..., muy bien, ya veo... ¿y usted, Sarita?

SARITA. — Estábamos charlando, con Ana Sofía. Ha querido que le cuente todos los detalles del choque.

Ana Sofía calla, mira las flores con carino, las huele con fruición, y luego dice a su hermana:

ANA SOFIA. — Sarita, ponlas en agua... ¡son tan bellas!, que sería una lástima que se marchitaran.

(Sarita se acerca y las toma en sus manos).

Déjame elegir una... (Sarita se las alcanza — Ana Sofía elige una —la toma con emoción— después mira a Molina y dice): gracias doctor Molina —gracias por todo.

(Sarita toma las flores y las coloca en un jarrón).

MOLINA. — ¿Y qué es, ese todo?... yo no las he arrancado.

ANA SOFIA. — Es que, hoy es la primera vez que hemos hablado con Sarita del accidente, y ahora sé cuánto le debemos —no lo olvidaremos nunca.

MOLINA. — Y yo no acabaré nunca de alegrarme bastante por haber ido a esa asamblea política de Minas... ¡pensar que estuve a punto de no ir!...

ANA SOFIA. — Alguna otra persona nos hubiera encontrado —no será usted la única alma buena...

MOLINA. — Desde luego, señorita; pero, es que para mí ha sido una satisfacción haber podido hacer algo por ustedes. No me quite esa alegría, señorita.

(Ana Sofía, calló).

SARITA. — Nadie, nadie, hubiera podido ser tan bueno y comprensivo como usted, Molina.

MOLINA. — ¡Hacía tanto tiempo que no nos veíamos! ¿Lo recuerda usted, Ana Sofía?..., no obstante, las reconocí enseguida.

ANA SOFIA. — ¡Buen fisonomista! hace mucho tiempo... creo que la última vez que nos vimos, fué en el banquete de despedida al doctor Suñer.

MOLINA. — No, después del banquete, nos hemos visto otras veces..., en el teatro, cines...

ANA SOFIA. — Pero nunca volvimos a hablarnos.

MOLINA. — Es cierto, usted hace una vida muy retraída.

SARITA. — Antes no, pero hace un tiempo que le ha dado por ahí, cosa bien rara... en otros tiempos, todo le interesaba...

ANA SOFIA. — Y todo me interesa, todo lo que creo que vale la pena...

MOLINA. — La verdad es, que, de muy extraña manera nos reunió el destino.

ANA SOFIA. — El destino, juega sus cartas.

MOLINA. — Nunca lamentaré bastante, este accidente, pero ya que se produjo..., me siento feliz de haberme acercado a ustedes... (y mientras habla, mira con contenida emoción a Ana Sofía).

SARITA. — Y nosotras también. Nos hemos habituado a sus visitas, a su cariñosa solicitud... realmente, ha sido usted un buen hermano en esta dolorosa circunstancia.

MOLINA. — No exagere, Sarita.

SARITA. — No exagero, digo la verdad.

ANA SOFIA. — ¡Tanta falta nos ha hecho siempre un hermano!..., Sarita tiene razón, usted lo ha sido en la hora trágica, no lo olvidaremos nunca.

SARITA. — No hablemos más de la tragedia, como tú la llamas, que te emocionas y puede hacerte mal...

Todos callan un momento, ya que dos personas hacen esfuerzos supremos por ocultar sus sentimientos.

SARITA. — ¿Cuándo nos va a traer a su señora, Molina?..., estoy loca por conocerla —debe ser linda y buena, como elegida por usted... ¿no es verdad que la conoceremos pronto?...

MOLINA. — Sí, Sarita, vendrá pronto. No lo ha hecho todavía, por discreción; como no las conoce, teme molestar.

ANA SOFIA. — (Con cierta dureza). — Puede traerla cuando quiera, Molina; tendremos mucho gusto en recibirla.

ESCENA V

Los mismos. La Enfermera.

ENFERMERA. — Señorita, es la hora de la inyección.

MOLINA. — Ya iba a marcharme, el doctor me recomendó una breve visita, y quizá he abusado.

ANA SOFIA. — (arrepentida de su dureza anterior). No, Molina, de ninguna manera — no ha abusado usted, ya me siento fuerte.

MOLINA. — De cualquier modo, hay que ser prudente...

ANA SOFIA. — Mañana me levantaré un rato, Molina.

SARITA. — No deje de venir a ver los progresos de su enferma...

MOLINA. — Vendré un poco mas tarde, para saber como le ha probado su levantada.

ANA SOFIA. — No, Molina, prefiero que venga temprano y me encuentre en el sillón.

SARITA. — Por lo visto, ya empieza la tiranía de la convalescencia, con su, quiero y no quiero.

ANA SOFIA. — ¡Dura tan poco!

MOLINA. — Bueno, mis amigas, hasta mañana. (les dá la mano).

ANA SOFIA. — (Le ofrece la rosa que había retenido en la mano). Usted me trajo un manojo de rosas, y yo le doy una sola... la preferida.

MOLINA. — (la toma con emoción). Lo será también mía. (Mutis de Molina).

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO II

Elegante recibidor en casa de la señora Matilde Villegas de Romero. Al levantarse el telón, Matilde lee recostada en un cómodo sillón.

ESCENA I

Entra la Mucama, después Ana Sofia.

MUCAMA. — Está la señorita Ana Sofia.

MATILDE. — Hágala pasar. (Sale la mucama).

Entra Ana Sofía. Matilde corre a su encuentro.

Mi querida Anita ¡qué alegría! no te esperaba... ¿cuando llegaste? (todo esto dicho sin dar tiempo a las respuestas).

ANA SOFIA. — Llegamos ayer, Matilde.

MATILDE. — Y ¿por qué no me avisaste?..., hubiera ido enseguida.

ANA SOFIA. — Porque tengo que decirte algo muy grave y necesitaba verte a solas. (Mira intranquila hacia las puertas interiores),

¿Está tu marido?...

MATILDE. — Puedes hablar sin temor, querida; estoy viuda, Jorge se fué ayer para la estancia por unos días..., pero, me alarmas ¿de qué se trata? ¿de Alberto?...

ANA SOFIA. — Naturalmente, de nuestro amor; tu sabes bién, que él es mi razón de vivir, la vida misma.

MATILDE. — ¿Que te pasa, criatura?, habla pronto, por amor de Dios... me inquietas.

ANA SOFIA. — Matilde, tu sabes como quiero yo a mi Alberto, y tu sabes también cuanto he luchado y cuanto he sufrido para llegar a mi actual situación; tus manos cariñosas han enjugado muchas lágrimas a mis ojos y a mi corazón.

MATILDE. — Si, Anita, lo sé; pero tu habías aceptado con resignación y hasta con alegría la vida que has querido vivir.

ANA SOFIA. — Yo no me quejo de ello, Matilde; me quejo, sí, de lo irreparable, de lo injusto... (llora).

MATILDE. — Por favor, Anita, no te desesperes, todo tiene remedio. Vamos... (se acerca a ella con ternura) ¿los han descubierto?... ¿los han acusado?... ¿quién?... ¿quién ha sido?

ANA SOFIA. — No, Matilde, no es eso, es mucho mas grave..., pero, ¿no lo comprendes?, ¿no lo adivinas?... ¡Soy madre!

MATILDE. — (aterrada). No, hijita, no puede ser; tu no estás segura aún, ¿no es verdad?... (con ansiedad).

ANA SOFIA. — Si Matilde, estoy segura. Cuando me fuí para la estancia llevaba una sospecha, pero no quise alarmarte; ahora ya no dudo, estoy convencida.

MATILDE. — ¡Y te has quedado allá dos meses! ¡que inconciencia!... ¿has hablado ya con Alberto?...

ANA SOFIA. — Aún no, él no puede hacer nada, por ahora, ¿para qué desesperarlo, entonces?... tiempo habrá.

MATILDE. — Es indispensable que os pongais de acuerdo enseguida, no se puede dejar pasar el tiempo en estos casos... ¿que piensas hacer?.

ANA SOFIA. — No lo sé todavía. Mi cabeza es un caos, tengo un estado de espíritu contradictorio — hay momentos en que me revelo contra mi destino y con tal de ver a mi hijo, me iría lejos, muy lejos... Te juro Matilde, que me siento tentada de guardarlo para mí, para mí sola... yo no quiero, no puedo destruirlo.

MATILDE. — (con estupor). Pero, Ana Sofia ¡tu estás loca! vuelve en tí, querida... ¿y tu madre? ¿y tu hermana, que está por casarse?... no tienes derecho de hacerles ese daño, te lo niego, como te lo negará el mundo entero — ¡sería el escándalo!

ANA SOFIA. — Del mundo no me importa, de mi madre sí, si no fuera por ella no habría vacilado ni un momento siquiera, porque adoro a Alberto y un hijo suyo sería una maravillosa realización.

MATILDE. — Te extravías, Anita. ¡Me asustas!

ANA SOFIA. — Ayúdame a guardarlo, Matilde — tu eres mi única esperanza — yo quiero que viva. (llorando).

MATILDE. — (con ternura). No puede ser, Anita, reflexiona; piensa en tu madre que está tan enferma... la matarías.

ANA SOFIA. — Es que, yo no puedo pensar en otra cosa que en mi criatura ¡es mi hijo!

MATILDE. — Tu no ignorabas que tendrías que renunciar a muchas cosas por el cariño de Alberto y lo aceptaste así, lo elegiste así.

ANA SOFIA. — Si, Matilde, así lo quise, tienes razón; pero tu sabes bien cuanto he sufrido por ello.

MATILDE. — Lo sé, Anita — pero, todo fué inútil, solo escuchaste tu corazón.

ANA SOFIA. — Cuando comprendí que estaba enamorada de Alberto, luché lo indecible por vencer ese sentimiento, porque yo amaba la vida clara, la vida pura. Me fuí a Europa para olvidarlo, para apartarme de él para siempre — luego, la enfermedad de mamá y su deseo de volver al Uruguay, nos trajo aquí nuevamente. Después, vino el accidente, y el destino me arrojó en sus brazos.

MATILDE. — Terrible desgracia, para tí.

ANA SOFIA. — Para los dos, Matilde, él también ha sufrido, porque me quiere.

MATILDE. — Pero yo recuerdo, que Alberto te propuso su divorcio, y tu no lo aceptaste, sin embargo, era lo mejor que hubieran podido hacer y se habría evitado el conflicto.

ANA SOFIA. — ¡Como quieres que aceptara?..., se decía entonces, que su mujer estaba muy enferma; hubiera sido una crueldad: preferí esperar.

MATILDE. — Esperar la muerte, es más cruel aún.

ANA SOFIA. — No Matilde, yo no he esperado eso, nunca se me ha ocurrido... ¡Dios lo sabe! Nada le pedí a la muerte, todo lo esperé de la vida. Pero, como no soy una mujer egoísta ni calculadora, comprendí que mi amor por Alberto estaba sobre todas las cosas, y por su cariño renuncié al derecho de tener un hogar, renuncié al derecho de ser madre, y conscientemente me dí por amor, sin quitarle nada a nadie.

MATILDE. — Lo sé, Ana Sofía, lo sé, y créeme querida, que mucho te he admirado en tu generosidad sentimental, aunque estoy segura que no hay ningún hombre que la merezca, por eso te decía al principio, que no tienes más remedio que sacrificar tu criatura... no hay más remedio.

ANA SOFIA. — No puedo conformarme; me parece indigno.

MATILDE. — Y ¿el renunciamiento anterior?...

ANA SOFIA. — Es fácil hacerlo mientras no se presenta el hecho brutal — ahora, me parece una cobardía.

MATILDE. — No Anita, si es lo de todos los días, ¿no lo he-

mos hecho acaso nosotros mismos?... tu lo sabes. Al principio porque queríamos viajar, disfrutar un poco nuestra luna de miel — ¡los niños todo lo complican!... ya vés, tranquilamente resolvímos esperar — y ya ván dos años largos y aún seguimos esperando, sin encontrar la oportunidad.

ANA SOFIA. — Pero yo no puedo, te lo aseguro, Matilde; no puedo.

MATILDE. — No tienes mas remedio que decidirte; luego sería tarde.

ANA SOFIA. — (llorando). Yo no tengo valor para matarlo.

MATILDE. — ¿Tu estás loca? ¿quién habla de matar?, si al principio eso no es nada..., una cosita de nada.

ANA SOFIA. — Es un hijo!

MATILDE. — Eso será más tarde, por ahora, es sólo una gota de tu sangre... ¿y qué es una gota de sangre?... nada, hija, nada.

ESCENA II

Las mismas, la Mucama, después Alicia.

MUCAMA. — Señora, está la señorita Alicia.

MATILDE. — Hágala pasar aquí, y después sírvanos el té.

MUCAMA. — Muy bién, señora. (Sale).

MATILDE. — Decídete enseguida — mañana te pido hora — dónde yo voy siempre... decídete, y te aviso...

ESCENA III

Las mismas. Entra Alicia.

ALICIA. — Adiós mis queridas ¡qué feliz encuentro, Ana Sofia!

(Se saludan con besos, etc).

MATILDE. — Sientate, Alicia (ofreciéndole una cómoda butaca).

ALICIA. — ¡Que bién se está aquí! ¡que lindo rincón... hay olor a miel y azahares!

MATILDE. — Y eso que ya festejamos el segundo aniversario..., pero la verdad es que estamos en la luna de miel.

ALICIA. — ¡Que dichosa!... dos años ya...

MATILDE. — Para mí se han pasado volando.

ALICIA. — No te parecería lo mismo si los hubieras pasado en la Rambla o en el Cine, siempre esperándo...
ANA SOFIA. — Y ya es una gran parte de la dicha, esperarla.
ALICIA. — Te aseguro que no es la mejor... Y ese heredero, Matilde ¿cuando llega?... ya se está haciendo esperar demasiado.
MATILDE. — Ya vendrá, hay tiempo, ¿qué son dos años?...
ALICIA. — (con intención) ¡Como me gustaría casarme!, pero no vayan a creer que sólo es por el marido, no; lo que me encantaría es poder encargarme un bebito... ¡dicen que a las solteras no les mandan!
MATILDE. — (corre hacia Ana Sofia) ¿Qué te pasa, Anita? ¿te has mareado!
ALICIA. — (acercándose también) ¿Qué tienes, Ana Sofia? (dirigiéndose a Matilde) ¡que pálida está!, creí que se desmayaba.
ANA SOFIA. — (Haciéndo un esfuerzo por serenarse). No es nada, un pequeño mareo — después del accidente, suelo sufrirlos, pero se me pasa enseguida.

ESCENA IV

Las mismas, luego entra la Mucama con una mesita-carro, con el servicio de té. Entre tanto, las dos amigas rodean a Ana Sofia.

MATILDE. — Deje, yo serviré el té — tráigame pronto la botella del Whisky.
MUCAMA. — Muy bién, señora. (Sale).
MATILDE. — Un poquito de alcohol te reanimará enseguida.
ANA SOFIA. — No te molestes, Matilde. Ya estoy bién, no fué nada.

ESCENA V

Entra la Mucama con la botella de Whisky en una bandeja con un vaso — Matilde sirve y lo ofrece a la enferma.
MATILDE. — Ya verás que efecto maravilloso... el Whisky es un gran amigo.
ANA SOFIA. — (bebiéndolo). Gracias, Matilde — ya estoy bién.
Luego, entre Matilde y la Mucama sirven el té.
ALICIA. — ¿A qué no saben una noticia bomba?..., la traigo fresquita, fresquita... Alberto Molina, se divorcia.

MATILDE. — ¡Qué disparate!, si Alberto es felicísimo — precisamente así me lo dijo el otro día en lo de Sierra.
ALICIA. — Será muy feliz, no lo dudo, pero no en su casa, pués con la mujer se llevan como el perro y el gato.
MATILDE. — Nunca he oído tal cosa — chismografías; los que no se casan, se lo pasan divorciando a los que lo hacen, es su venganza... de mí también lo dijeron.
ALICIA. — Por mí no será..., pero lo de Molina, te aseguro que es verdad, todo el mundo lo dice, tu vives en la Luna...; más aún, se saben hasta las causas, ¿no lo has oído, tú, Ana Sofía?...
ANA SOFIA. — Tampoco sé nada. Nosotros no tenemos amistad con el matrimonio Molina-Torres.
ALICIA. — Sin embargo, Molina te salvó la vida en el accidente...
ANA SOFIA. — Si, es cierto — y desde entonces es amigo nuestro, pero nunca ha llevado su mujer a nuestra casa, ni hemos ido nosotros a la suya.
ALICIA. — ¡Es claro! se comprende — me dá una lástima por Susana! ¡pobrecita! ¡tan débil y enfermiza!, estoy segura que no resistirá el golpe ¡qué malos son los hombres!
MATILDE. — (con intención) ¿Te parece?, hay cada mujercita que no tiene nada que envidiarles, te lo aseguro.
ANA SOFIA. — (parándose) Siento mucho tener que dejarlas, pero tengo una visita anunciada para las seis (mira la hora) y estoy sobre la hora.
MATILDE. — (parándose también) No te olvides Anita, que me prometiste acompañarme a la modista, te tomo la palabra.
ANA SOFIA. — (con resolución). — Si, querida, cuenta conmigo — avísame la hora por teléfono.
(Se despiden. Sale Ana Sofia).

ESCENA VI

Las mismas, menos Ana Sofia.
ALICIA. — ¡Qué mosca muerta!... no la puedo ver... con ese aire de ingenua, caza tontos, buena pieza es... Pués has de saber que todo el mundo dice, que es por ella que Alberto Molina quiere divorciarse.
MATILDE. — ¡Cosas de la gente!, habladurías, nada más, no hagas caso Alicia. Tu que siempre has sido buena, no dés crédito a la infamia.

ALICIA. — ¡Cuando todos los dicen... por algo será!
MATILDE. — Es que la gente no se conforma con la independencia espiritual de Ana Sofia, ha podido casarse muchas veces... pero ella es de las que saben esperar.
ALICIA. — Si, es claro, pero entre tanto, no pierde el tiempo.
MATILDE. — ¡Eres mala, Alicia! nada has visto, nada sabes... y afirmas.

ALICIA. — Y tu la defiendes, porque es tu amiga íntima.
MATILDE. — La defiendo, porque la conozco y la admiro... ¡quisiera ser como ella!

ALICIA. — Pués yo, no quisiera estar en su pellejo... (y como Matilde callara — después agregó:) Bueno, me voy, querida. Tengo que hacer otra visita y las tardes no tienen nada.

MATILDE. — Espero que vuelvas muy pronto.
ALICIA. — Cuando ustedes vayan..., todavía no has llevado a tu marido, a conocer nuestra casa.
MATILDE. — Iremos prontito, en cuanto Jorge regrese de la Estancia. Cariños por tu casa (se besan).
ALICIA. — (al salir se vuelve un momento). No vás el lunes a lo de Susana Torres?... Anímate y vamos juntas, así nos daremos cuenta si hay algo de verdad en lo del divorcio.
MATILDE. — Me parece mejor que no vayamos. Si es que corren esos rumores, sería una indiscreción...

ALICIA. — Pués hijita, yo iré para que me lo cuente todo... después te lo paso — ¡me encantan los potins!, y si son de gente conocida, mucho más. Este Montevideo sin ellos, es muy aburrido.

MATILDE. — Yo, gracias a Dios, no conozco el aburrimiento.
ALICIA. — ¡Es claro! ¡como tienes marido!...
MATILDE. — Pués entonces, si sabes el remedio... cásate.
ALICIA. — No es tan fácil — como yo no ando deshaciendo matrimonios...

MATILDE. — Hay muchos solteros.
ALICIA. — Si, pero por ahora, no pican.
MATILDE. — Cualquier día será... no hay que perder la esperanza.

ALICIA. — Nó si no la pierdo — además, los que perderían son ellos...
Otra vez, adiós. Recuerdos a tu marido... ¿cuándo viene?
MATILDE. — Pasado mañana.

ALICIA. — Entonces, hasta el otro jueves, que vendré a verte.

MATILDE. — A vernos. dirás. Encantada, te espero, y Jorge también tendrá mucho gusto en verte.

ALICIA. — Hasta el jueves, entonces...

(Sale Alicia).

Matilde regresa, se acerca al teléfono, que está sobre una mesa — busca el número en la guía — y luego disca.

MATILDE. — ¡Que chica tan mala! ¡pobre Anita, en que lenguas andas!... (disca) — Ola... Si — ¿está el doctor?... De parte de la Señora de Romero... pregúntele si puede recibirla mañana — ¿a qué hora? — ¿a las diez?... Muy bien. Hasta mañana.

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

CUADRO III

La misma decoración anterior. Al levantarse el telón, Matilde estará colocándo flores en los búcaros luego llama a la mucama.

ESCENA I

MUCAMA. — ¿Ha llamado la señora?

MATILDE. — Sí, dentro de un momento debe venir el Doctol Molina; lo hace pasar, recibiré aquí — y recuérdelo bién "no estoy para nadie más", a cualquiera que venga, diga que he salido. Prevenga al portero.

MUCAMA. — Muy bién señora. (Mutis de la mucama).

Matilde termina de arreglar las flores — y después se sienta a escribir unas notas.

ESCENA II

La Mucama — después el doctor Molina.

MUCAMA. — Señora, está el doctor Molina. (Mutis de la mucama).

Entra Molina.

MATILDE. — (levantándose a recibirlo). Tanto gusto, Molina. (se saludan). ¡Dichosos los ojos que lo ven! sólo así, llamándolo.

MOLINA. — Ya sabe usted señora, que para mí sería siempre un placer venir a su casa, y que si no lo hago es por prudencia — así lo hemos convenido con Ana Sofía .

MATILDE. — Ya lo sé, Molina; es una broma.

MOLINA. — ¿O una tregua? su llamado me inquieta, me alarma, ¿qué ocurre? ¿se trata de Ana Sofia?, diga pronto, no hay nada mas terrible que la duda.

MATILDE. — Tiene razón, Molina, se trata de ella.

MOLINA. — ¿Acaso han regresado de la estancia?, nada me ha avisado aún.

MATILDE. — Sí; llegaron anteayer, y lo he llamado porque quiero que usted me ayude a salvarla.

MOLINA. — ¡Salvarla! ¿de qué.., ¿nos han descubierto, acaso?...

MATILDE. — No, nadie sabe nada... Es mas grave aún, Molina, mucho mas grave.

(Y mientras decía esto, Matilde mirábalo,

como queriendo sugerirle su pensamiento para evitarse la terrible y difícil confesión).

No sé como decírselo, Molina... ¿no teme... no sospecha usted nada?... algún peligro....

Molina, comprendiéndolo al fin, se para entre alegre y sorprendido — tómale las manos y mirándola en los ojos, exclama:

MOLINA. — ¡Un hijo!... ¿será verdad, Matilde?...

MATILDE. — (viéndo que Molina ha comprendido al fin). Si, Molina, es cierto desgraciadamente.

MOLINA. — Siento una extraña emoción, Matilde, casi diría que soy feliz.

MATILDE. — ¿Son ustedes dos locos o dos inconscientes?... ¿no se dá cuenta de la situación de esa pobre criatura?..., me imagino que no querrá usted publicar su deshonor.

MOLINA. — Perdóneme señora, lo que quisiera sería publicar nuestra ventura, porque yo adoro a Ana Sofia, por buena, por mujer... déjeme alegrarme primero, y después se hará lo que ella quiera.

MATILDE. — No hay duda alguna, son ustedes dos locos, dos grandes locos que viven en la Luna.

MOLINA. — No, Matilde, soy un hombre. Yo he deseado siempre un hijo mío — cualquier desgraciado lo tiene; pero mi mujer no quiso dármelo, y no quiso, porque desde que nos casamos no ha pensado mas que en su salud, en su línea, y en las fiestas.

MATILDE. — Es lógico hasta cierto punto, ¡ella es tan delicada! ¡tan endeble!, quizá no hubiera sido prudente...

MOLINA. — También lo creí yo al principio, y por su bien, hasta me había resignado a quedarme sin hijos. Luego, consulté médicos por sus propios temores, y todos, todos, afirmaron lo mismo: "que no tenía nada que prevenir ni nada que temer", se trataba sólo de nervios, aprensiones... Más aún, me dijeron: que por el contrario, la maternidad la fortificaría, y que era precisamente, evitarla, lo peor para ella.

MATILDE. — ¿Y Susana, se opuso siempre?...

MOLINA. — Si, Matilde, con un egoismo antifemenino, que ha terminado por alejarme de ella para siempre.

MATILDE. — (con asombro cresciente). Me abre usted los ojos, Alberto; grácias amigo mío. Yo también he sido un poco egoista, ahora me doy cuenta. He querido prolongar nuestro idilio, pensando que ya habría tiempo para los hijos.

MOLINA. — Créame Matilde, la embriaguéz del Amor pasa muy pronto en el matrimonio, pero queda un sentimiento grande, muy grande, que quizá lo equivale, y son los hijos. Ese es el lazo fuerte, el lazo que no se rompe. Una casa sin niños, es triste, y es fría: todo sobra y todo falta sin ellos.

MATILDE. — (Muy emocionada). Yo también he estado ciega, amigo mío; pero aún es tiempo, no quiero que mi casa sea: ni triste, ni fría, para mi Jorge.

MOLINA. — Hace usted bien de reaccionar, Matilde. Al principio, en el matrimonio todo es alegría, porque toda mujer tiene siempre algo de pájaro y algo de flor: la mía, a los veinte años todo eso parecía, a esa edad engaña mucho la mujer, porque la juventud tiene todas las apariencias.

MATILDE. — ¿Qué nos hace falta, entonces, para completarnos?...

MOLINA. — Ser mujer, verdaderamente mujer, enamorada y amorosa, amante y maternal, porque, el hombre es siempre un niño grande que se alimenta de ternura.

Pero, Matilde, hablemos de Ana Sofía, su problema me ha hecho olvidar un momento el nuestro, ¿qué dice Anita?... ¿qué piensa hacer?, no comprendo porque no me ha llamado a su lado.

MATILDE. — Ana Sofía, está desorbitada, por eso he acudido a usted: porque éste es otro caso Molina; vuelva en sí, póngase en razón, usted es un caballero y es su deber. Bien sabe que ese hijo no puede vivir... ¡es usted un hombre casado!

MOLINA. — ¿Por qué no ha de poder vivir?, yo me divorciaré inmediatamente (con vehemencia).

MATILDE. — Sí, y dentro de dos o tres años estará terminado el divorcio... y eso si su mujer quiere pedirlo, recuerde el caso del doctor Alvarez que tanta sensación causó..., usted fué su defensor, no puede haberlo olvidado.

MOLINA. — (con desaliento). ¡Nada puedo hacer por ella!... ¡soy un desgraciado!

MATILDE. — No puede hacer nada por su hijo, pero hay que salvar a Ana Sofía, tiene usted que defenderla, ese es su deber inmediato.

MOLINA. — Tiene razón, Matilde, soy un egoísta, un perfecto egoísta. Es necesario pensar en ella, eso es lo primero. ¿Qué podríamos hacer?..., dígamelo, por fa-

vor... se extravía mi cabeza y no acierto a coordinar mis ideas.

MATILDE. — Tiene que convencerla, que ella no puede guardar su criatura. Esta mañana fué conmigo a consultar al médico; me había prometido que se sometería a lo irremediable, iba dispuesta a ello y relativamente resignada; pero, tan luego como el médico confirmó su sospecha, se negó con tenacidad al sometimiento prometido. No pudimos convencerla en ninguna forma, y salimos de allí, asegurandome que se irá lejos, a cualquier parte, pero que su hijo vivirá.

MOLINA. — ¡Es una mujer extraordinaria!, yo lo sabía y por eso la quiero tanto... Así es ella, Matilde; no hay otra como ella.

MATILDE. — Pero es necesario que usted la convenza, que ella no puede hacer eso, no tiene derecho; por su familia, por su madre. No tiene derecho, se lo niego, y como yo el mundo entero.

Además, ¿qué será de ella, sola, frente a la vida? ¿qué fuerzas tendría para semejante lucha?

MOLINA. — ¿Pero, cree usted que yo la dejaré irse sola?, no soy capaz de semejante villanía.

MATILDE. — De todas maneras, sería el escándalo. Lo único razonable es convencerla que tiene que someterse a la intervención, y que no se puede perder más tiempo sin grave peligro para su vida, según el médico. Eso es lo urgente, lo inmediato, si quiere salvarla.

MOLINA. — Tiene usted razón, me ha convencido, Matilde. Llámela pronto, yo la esperaré aquí, y la convenceré: se lo prometo.

MATILDE. — Voy a llamarla, si élla está en su casa es cuestión de un momento ¡estamos tan cerca!

(Matilde se acerca al teléfono y disca).

(Molina entretanto, se pasea nervioso, prende un cigarrillo y fuma).

Ola... la señorita Ana Sofía? ¡ah! tú... Sí, con Matilde... necesito que vengas enseguida... no, estoy sola... te lo aseguro... Bueno, pronto, (cuelga el tubo) (riendo), ¡que criatura tremenda!... tenía desconfianza que estuviera el médico... ¡pobrecita! Ojalá pudiera guardar su hijo... ¡pero no se puede!

MOLINA. — Matilde, no se ofenda si le pido que nos deje solos.

MATILDE. — Desde luego, Molina ¡que ocurrencia! Voy a

prevenir a los sirvientes para que la hagan pasar, había dado órden de no recibir a nadie.

Trate de serenarse, es necesario que tenga mucha calma para convencerla; hay que ser firme con élla, mire, que a pesar de su dulzura, Ana Sofia es un carácter.

MOLINA. — La conozco, señora, vaya tranquila, y tenga confianza en mí.

(Matilde, sale).

(Suena el timbre de la calle).

ESCENA III

Molina. Después Ana Sofía.

Entra Ana Sofía — y al ver a Molina, corre hacia él. Este avanza unos pasos y la recibe en sus brazos. Un tierno y prolongado abrazo los une.

Molina, acaricia a su amada, luego con solicitud amorosa la sienta en un sillón, mientras él permanece a sus piés.

MOLINA. — ¡Mi nena querida! ¡Mi chiquita!... ¡dime que es verdad!...

ANA SOFIA. — Si Alberto, es verdad... y soy feliz, óyelo bién, soy feliz. Será la prolongación de nuestro cariño, y he de demostrarte que soy mujer fuerte, ya verás.

MOLINA. — ¿Qué sientes, nena?... dímelo... ¿sufres?...

ANA SOFIA. — No casi nada. Estoy contenta, porque estoy decidida. En el primer momento, vacilé, por mi madre, por los míos; pero ahora no, se acabaron las vacilaciones, quiero defenderlo como a cosa tuya, Alberto.

MOLINA. — (Estado contradictorio, entre contento y desesperado). — No, chiquita mía, hay que pensar en tí primero. No tenemos derecho por ahora, no hay mas remedio que esperar.

ANA SOFIA. — ¿Y eres tú el que me lo pides?..., y yo que me hacía la ilusión que te quedarías muy contento con mi resolución...

MOLINA. — (Con gran ternura). — No puede ser, mi vida. No comprendes que mientras yo no sea libre no podría hacer nada por él?...

ANA SOFIA. — Una madre, debe bastarse siempre para defender la vida de su hijo.

MOLINA. — Esta véz, es necesario que te sometas al cruel dilema, más adelante las cosas cambiarán, te lo prometo.

(Ana Sofía, hizo un gesto y apartóse de Molina, éste creyó que cedía e insistió):

Si, Anita, te lo prometo, las cosas cambiarán. Es preciso que yo me divorcie primero, he de conseguirlo de cualquier modo, y luego nos casaremos.

ANA SOFIA. — Me desilusionas, Alberto. Tu no me quieres sobre todas las cosas como me has dicho tantas veces, tú me quieres sólo para librarte del aburrimiento de tu casa triste y sin amor.

MOLINA. — (agitado). No me digas eso, Ana Sofia, que eres injusta, (con gran ternura). Yo te quiero sí, sobre todas las cosas, tu eres mi vida, por tu cariño estoy dispuesto a todo, óyelo bien a todo; pero antes que nada, quiero que se salve tu honor.

ANA SOFIA. — ¡El honor!... el honor es el amor, Alberto, porque yo me siento mas digna habiéndome dado a tí por Amor, que si me estuviera vendiendo frente a un altar.

MOLINA. — Si, mi vida, así es, y por eso mismo te quiero y te admiro, porque eres mujer, mujer fuerte; pero esta véz no puede ser, querida (le besa las manos con profunda devoción). Esperémos un poco, Anita, deja que se pierda la primera flor; el rosal es fuerte y bello, y ya florecerá nuevamente.

ANA SOFIA. — ¿Y si luego no diera mas flores el rosal?...

MOLINA. — Si, mi querida ha de darlas, y todas serán bellas como tú.

Ana Sofía, vacila un momento. La voz insinuante y cálida del amado parece que hubiera llegado a convencerla; pero de pronto, se aparta de él, y como si acabara de tomar una resolución definitiva, dice:

ANA SOFIA. — No, Alberto, será inútil cuanto digas y hagas, estoy decidida. Todos los hombres sois egoístas y los riesgos os turban, cuando no dan placer. Basta, prescindiré de ti, y no lo verás nunca, ¡nunca!

Alberto decidido también, la toma en sus brazos fuertemente y un grito de Amor y de alegría une al fin a los amantes.

MOLINA. — (radiante de alegría). ¡Mi vida! ¡mi Anita!, si es tu voluntad es también la mía. Yo quise salvarte por los demás, por ti misma; pero soy feliz con tu decisión

y estoy contento, muy contento de encontrarte así ¡tan mujer... y tan madre!..., asi te soñaba... Dime, Anita, vida mía ¿dónde quieres que te lleve?, porque, quedarse aquí, es imposible, serías una víctima.

ANA SOFIA. — (como soñando) Vámonos lejos, Alberto, muy lejos... ¡Que importa que nuestro hijo no pueda tener tu nombre; si tendrá padres!

MOLINA. — Tienes razón, tendrá padres. y padres amantes, que le enseñarán que la vida es buena porque es Amor.

(Se abrazan con pasión, ella en su arrobamiento dice:)

ANA SOFIA. — ¡Que me importa lo que el mundo diga! Creo en tí, Alberto. Vámonos lejos, dónde tu quieras, que mi cariño y mi devoción no han de faltarte nunca.

MOLINA. — Solo te pido una semana para arreglar mis asuntos; posiblemente han de pasar muchos años antes lo que volvamos al Uruguay. Prepara tus cosas en silencio, y cuídate mucho para los dos... los dos (sonriendo a su dicha).

ANA SOFIA. — Vamos a llamar a Matilde y a comunicarle nuestra decisión... (gritándole). — ¡Matilde! ¡Matilde!

ESCENA I V

Los mismos, después Matilde.

Entra Matilde muy agitada. Mira a los enamorados, con inquietud. Ana Sofía corre hacia ella y la abraza fuertemente sin poder articular una palabra.

MATILDE. — ¿Qué te pasa?... ¿qué resolución han tomado?...

ANA SOFIA. — ¡Nuestro hijo vivirá!

MATILDE. — Ustedes están locos, (dijo con profunda tristeza).

MOLINA. — No, Matilde, no me haga reproches, Ana Sofia me ha convencido y me ha conquistado para siempre Nos iremos al extranjero, y luego, cuando Susana pida el divorcio, que lo justificará con mi abandono, me casaré con Ana Sofia.

MATILDE. — ¿Y si Susana no pidiera el divorcio?...

MOLINA. — Tengo la seguridad que no lo necesitaremos para ser felices, ni para amarnos mucho.

MATILDE. — ¿Y su mujer? ¿no dicen que está enferma?...

MOLINA. — El amor es cruel, Matilde. Si me quedara a su lado por deber, perdería a mi hijo, que es Amor. Ella no quiso dármelo, tuvo miedo a la muerte... yo no puedo quedarme a su lado, porque tendría miedo a la vida.

MATILDE. — ¡La vida! ¡el Amor!... sin embargo, a su mujer también...

MOLINA. — No insista, Matilde. Si, es cierto, también la quise al principio, pero luego, su incomprensión, su constante egoísmo, me fueron apartando de su lado. Ya no la quiero, usted lo sabe, ella también. No es posible querer a dos mujeres a la véz, y hace ya tres años que quiero a Ana Sofía, a élla, que es mujer, porque mujer quiere decir: Amor, sacrificio, abnegación, dolor... todo, todo eso es Ana Sofia, y no quiero perderla, no quiero dársela, ni a la vida ni a la muerte, la quiero para mí... si, para mí, y para siempre.

Desde el principio del párrafo, se acercará poco a poco a Ana Sofía, hasta que al final se confunden en un abrazo pleno de emoción.

MATILDE. — (los mira con ternura comprensiva y con lágrimas de emoción exclama:) — ¡Qué hermoso gesto! ¡Quizá tenga razón!

ESCENA V

Suena el timbre del teléfono, Matilde acude a atenderlo.

MATILDE. — Ola... si... con la señora de Romero... si, con Matilde... está, si... ¿como?..., si, comprendo... ¡pobrecita!... Vamos enseguida.

(Cuelga el tubo y se da vuelta hacia los enamorados que habrán permanecido abrazados durante todo el tiempo, y con gran abatimiento, les dice):

Ana Sofía, es de tu casa...

ANA SOFIA. — ¿Qué ha pasado? (aterrada) ¿mamá?...

MATILDE. — Un ataque... la temida parálisis...

ANA SOFIA. — ¡Madre mía!, te había olvidado... ¡perdóname!, tú primero. Quiere correr, Matilde y Alberto la detienen.

MATILDE. — Espérame, yo te llevaré, no te desesperes, está viva.

MOLINA. — Ana Sofia, amada mía, déjame ir contigo.

ANA SOFIA. — (con profunda tristeza, besa sus manos con amor). No, Alberto, tu no puedes entrar en su casa.

MOLINA. — (la toma en sus brazos, desesperado). Y nuestro hijo, Ana Sofía ¿vivirá?... Prométeme que vivirá...

ANA SOFIA. — En esta hora, me debo a mi madre, nada puedo prometerte, ella me necesita... (y apartándose de su amado, sale corriendo). Matilde la sigue, Alberto, cae vencido en un sillón, y exclama:
Ahora si que será, "COMO EL MUNDO QUIERE".

TELON

